

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1855. — TOMO VI.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.  
Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

AÑO 14. — N° 135.

## SUMARIO.

Llegada del correo de Londres al campamento inglés en

la Crimea; grabado. — Monteros de Espinosa. — A una Violeta. — Revista de Paris. — La estacion de los Baños. — Elvira y Luisa. — Correspondencia de la Crimea; grabados. — El secreto de la Bianetti. — Exposicion uni-

versal de Bellas-Artes; grabado. — Exposicion universal de la Industria; grabado. — Melancolía. — La Dalia. — Revista de la moda. — Máquina infernal; grabados.



Llegada del correo de Londres al campamento inglés en la Crimea.

### Monteros de Espinosa.

Existe en España una milicia antiquísima y privilegiada, que tiene á su cargo la guardia y custodia durante la noche de los monarcas de esta nación, y cuyo origen é historia son poco conocidos, si bien acerca de ellos se han escrito y publicado algunos artículos y un libro que yace en el polvo de los archivos. La institución, sin embargo, es tan singular, que consideramos aprovechado el tiempo empleado en desenterrar los antecedentes de tan esclarecida milicia y en darlos á luz, aun cuando nuestro trabajo se reduzca casi á extraer ó copiar lo que otros autores han consignado acerca de la época y de la causa de la creación del cuerpo militar y acerca de los servicios que ha prestado. Comenzamos sin mas preámbulo la tarea que nos hemos impuesto.

D. Sancho García, hijo del conde y señor de Castilla D. Garci Fernandez y de la condesa doña Aba, sucedió á su padre en el condado y señorío en el año de 1006 de la era cristiana. Los escritores hablan con variedad del conde D. Sancho, encomiando unos su valor y su religiosidad, y mancillando otros su fama á causa de su crueldad y de su vida aventurera; pero todos convienen en que fué un gran guerrero y en que obtuvo notables ventajas sobre los moros enemigos del nombre cristiano.

Una de las acciones que al decir de algunos historiadores merece severa censura, fué la que se le atribuye respecto á la conducta observada con su madre á causa de los amores contraidos por esta señora con un rey moro de Córdoba. El caso, segun le refieren escritores y cronistas autorizados, pasó del siguiente modo. Estando doña Aba viuda de D. Garci Fernandez se enamoró del musulmán, y queriendo unirse á él procuró hacerle entender su afecto de una manera harto significativa, lo cual advertido por el infiel contestó que aceptaría los deseos de la castellana si antes esta hacia matar á su hijo D. Sancho y le llevase en dote los estados de Castilla. La condesa acogió la idea y se dispuso á privar de la vida al joven conde, y al efecto preparó una bebida venenosa, que habia de servir á su hijo cuando volviera de la caza, á que era muy aficionado; pero no debió guardar el sigilo conveniente, puesto que una *cobijera* (camarera) suya, que estaba casada con un criado del conde, supo el pensamiento y se le reveló á su marido, quien hizo sabedor de él á D. Sancho. Prevenido este, cuando su madre le presentó la bebida emponzoñada la rogó que bebiera con él, la condesa se negó, y entonces el hijo la obligó á beber por fuerza todo el licor contenido en la copa. El tósigo produjo su efecto y dió por resultado la muerte de doña Aba. En memoria de este suceso se cuenta que fué fundado el célebre monasterio de monjas benedictinas de Oña. De este modo refieren el suceso Gonzalo Fernandez de Oviedo, Salazar, Mariana y otros autores, de los cuales el primero añade que luego de la muerte de la condesa el conde fué en busca del rey moro y le dió batalla derrotándole y matándole, con cuyos actos se hizo temer. El mismo historiador concluye este pasaje diciendo que D. Sancho hizo muchas mercedes á su criado, y entre ellas la principal fué confiar la guarda de su persona y de sus sucesores al criado y á sus parientes y á los descendientes de estos, naturales de Espinosa, de Trueba y de Quintanilla, pueblos cercanos unos á otros situados en la montaña.

Tal es el origen que los mas acreditados y antiguos autores conceden á la milicia titulada *Monteros de Espinosa*. Esta, segun consta por un privilegio existente en la Villa otorgado en el año de 1018, duodécimo del condado de D. Sancho, se compuso del citado criado, que se llamaba como su amo, y de cuatro parientes denominados Armenter, Telloiz, Munio y Joanes Obsequiz. Dicese que se llamaron *Monteros* por ser este el apellido de Sancho; aunque algunos pretenden que el título proviene de haberse dado al conde en un monte el aviso del proyectado envenenamiento.

La milicia de los *Monteros de Espinosa* continuó por bastantes años sin alteracion hasta que la recibió muy notable en el reinado de D. Alonso VIII, el vencedor de las Navas. Este monarca aumentó el número de aquellos guardias privilegiados desde cinco á veinte y tres, ratificando sus privilegios y concediéndoles nuevas preeminencias, que se consignaron en un documento oficial y solemne, en el cual asimismo se estableció el derecho de las familias á ingresar en el distinguido cuerpo, designándose por su nombre los linajes y apellidos que tenían este honor, pues fuera de ellos ningún otro podia aspirar á él. La carta real es de fecha de agosto de la era de 1246, y está dada en Castro de Ordiales.

Con posterioridad se concedieron otros notables derechos á los *Monteros de Espinosa*, y entre ellos el mas notable es el otorgado por D. Juan I en Burgos en 1417, confirmado por los Reyes Católicos en Toledo en 1480, por el que se concedió á los *Monteros* el derecho de recibir *doce maravedises*, y luego *cuatro reales*, por cada familia de judíos que saliera á recibir á los príncipes al verificar su entrada en los pueblos.

D. Felipe II expidió en San Lorenzo del Escorial en 23 de febrero de 1517 una real cédula, estableciendo las condiciones indispensables para ser *Montero de Espinosa* y para obtener el privilegio de entrar en la milicia; requiriéndose que fueran hijos-dalgo, naturales y de solar conocido en Espinosa, limpios de sangre, que no hubiesen ejercido oficio bajo ni estado en servicio de persona particular, y mayores de 25 años.

Los *Monteros de Espinosa* han tenido siempre y tienen

á su cargo guardar durante el sueño la persona del monarca; y para hacerlo se sitúan en el cuarto del dormitorio en la antecámara, al lado de las puertas de la cámara, dejando estas abiertas. Antiguamente registraban el palacio y guardaban las llaves, costumbre que ya no existe.

Un autor curioso y antiguo, describe el servicio de los *Monteros* del modo que copiamos, pues su estilo es agradable.

« Los *Monteros* traen sus camas cerca de la del príncipe, de camino ó á do quiera que va su real persona » á se aposentar; luego la cama de los *Monteros* la ponen junto á la puerta de la cámara donde su alteza » ha de dormir. Despues que el camarero ha acostado » al príncipe, los *Monteros* reciben la puerta de la cámara donde está echado de los reporteros de cama. » Y no se les cierra y queda abierta por dedentro » tornada ó juntadas solamente las puertas, sin otra » aldaba ni cerradura, si el príncipe de su misma mano » no la quiere cerrar; lo cual nunca él hace. Salido el » camarero, hacen su cama los *Monteros*, la cual y todo » lo que para ella conviene de ropa almofreca y repostería » tero se les da, y cuando conviene se les mejora y re- » muda ó renueva por mandado del camarero de la cámara. — Hacen la cama en la antecámara junto ó no » léjos de la cámara, y está un brandon ó candelero » grande de plata con una hacha ardiendo en la misma » antecámara toda la noche, y echan luego sus suertes » para velar de cuatro en cuatro *Monteros*, prima, » dorra y alba; y echadas las suertes, toman la guarda » los cuatro de la prima y quedan seis de ellos en la sala » y los otros encienden otra hacha y van á catar el palacio, de aposento en aposento de los oficiales y personas que pasan dentro de palacio, y si ha de salir alguno á dormir fuera hacen que salga y cierran luego » las puertas de la primera y principal puerta de palacio, y vuelven luego á la sala con sus llaves. Cuando » es pasada la primera vela, levántanse los cuatro *Monteros* que han de velar la segunda ó modorra, y aquellos que han acabado de velar la prima catan segunda » vez la casa y visitan las puertas llevando sus espadas » en las cintas; é fecho esto se vuelven á la sala é se » acuestan en la cama. E desde que acaban los segundos » su vela, despiertan á los de la tercera del alba y tomanla de los que velaron la modorra, é luego tornan » á visitar el palacio y puertas, y vuélvense á la sala, » é acuéstanse á dormir. — Como es de día, todos están » en pié velando hasta que el príncipe llama ó el camarero viene á vestirle. Pero luego que amanece, tornan á mirar las puertas é abren la puerta principal » de palacio, y matan la hacha como es de día y llévanla con el candelero á la cámara al que tiene las » llaves de la hacienda, para ellos. Así mismo (demás » del hacha que arde) hay otras dos muertas, de respo- » peto, porque algunas veces el príncipe, despues de » acostado, manda ir á algun *Montero* á algun servicio » ó ocurrencia, ó lo que es servido dentro ó fuera de » palacio. Así que tres hachas, con el dicho candelero, » vuelven á palacio y de allí las cobran, y el que es » cerero pone la noche siguiente otras. — La manera » que se ha dicho que han de tener en el velar y hacer » la guarda de su oficio fué ordenada por la Reina » Católica. »

Así se expresa el historiador Fernandez de Oviedo en sus libros sobre los usos y ceremonias de la casa real.

Volviendo mas atrás recordaremos que en el reinado de D. Alfonso VIII se aumentó hasta veinte y tres el número de los *Monteros*, en los que estaban comprendidos los seis que habian servido de base á esta milicia, de forma que el personal de este cuerpo, creciendo en proporcion de los solares marcados, se iba haciendo ya respetable en un tiempo en que no eran conocidas las guardias de honor; pero San Fernando á mediados del siglo XIII la acrecentó extendiendo en el año de 1240 carta de privilegio por la cual llamó desde Córdoba á su servicio tres solares mas, de modo que con los anteriores formó ya un total de treinta y ocho.

En la crónica del Santo Monarca se lee: Que estando con su hueste sobre Córdoba llegó á su tienda de noche D. Lorenzo Suarez, que venia de Ecija, y dijo á un *Montero*, que estaba *velando*, le llamase un hombre de los del rey, á cuya invitacion entró en la tienda y llamó á Martin de Otiella, cuyo ejemplo prueba el derecho en que estaban los *Monteros* en aquella época de velar la persona del monarca, residiendo no solo en sus palacios sino en los campamentos.

Reinando D. Fernando V en Aragon, y siendo regente de Castilla durante la menor edad de su nieto D. Carlos, convocó hasta catorce *Monteros*, además de los treinta y ocho que ya habia, por causa de la necesidad que hubo de guardar su persona, la del joven rey, y la de la reina doña Juana, cuyo estado de demencia no la permitia dedicarse al gobierno del Estado. Con este aumento el número de *Monteros* llegó á cincuenta y dos.

En esta época se formaron las *Ordenanzas* para el régimen y gobierno interior del cuerpo, las cuales se vienen observando hasta hoy, salvo las precisas modificaciones que ha exigido la variacion de los tiempos y costumbres. Formuladas las *Ordenanzas* se presentaron á la reina, que se sirvió aprobarlas. En ellas se impusieron los *Monteros* penas respecto al que no cumpliera bien y fielmente con la asistencia leal y exquisita que su interesante servicio requiere. Y ha sido tal la fidelidad de estos linajes y su exactitud que hasta hoy ni una sola vez ha sido necesario imponer la pena á individuo alguno, ni siquiera por falta leve.

Cualquiera que haya sido en su principio el origen de los *Monteros*, y cualquiera que fuera su organiza-

ción, siempre ha sido una misma la categoría de todos ellos; pero siendo necesario particularizar á alguno á quien el rey comunicase directamente sus órdenes para los asuntos del servicio, se determinó que cada seis meses se nombraran por los interesados dos *diputados*, los cuales, sin investidura superior de ninguna especie, se encargaran de nombrar el servicio, de recibir y conservar el archivo de sus privilegios, órdenes y reglamentos, y de comunicar las órdenes del rey.

En la obra que se ha publicado en esta córte con el título de *Album del ejército* se extractan las *Ordenanzas* en la manera siguiente:

« Los *Monteros de Espinosa* tienen la obligacion de » velar al rey, reina y príncipes reales que habiten en » el reino, aunque esto último se ha dejado de practicar por la indolencia ó por la penuria de los tiempos. »

« Cuando los reyes apénas se cuidaban de tener en su » servicio mas soldados que los necesarios para la » guerra, durante la cual y nada mas los llevaban » consigo, los *Monteros* eran responsables á todas horas y en todos tiempos de la real persona, de manera que siempre al inmediato servicio de la misma » estaba la mitad de los seis primeros nombrados, y » todos ellos se presentaban en palacio. Mas tarde, » cuando el uso de los escuderos armados se fué generalizando en la córte, y cuando los soberanos crearon las guardias que despues sirvieron de cimiento » para la organizacion permanente, los reyes reservaron á los *Monteros* el cuidado de velarles su sueño. » Desde el siglo XIII, por lo mismo, hasta el dia está » reducida la obligacion de los *Monteros de Espinosa* á » responder de las personas reales desde que se acuestan hasta la hora en que los gentiles-hombres de palacio pueden ya ver á SS. MM. Entónces los *Monteros* » se retiran, y ningun deber les obliga á ir á la morada real hasta la próxima noche. »

« Durante ella, y conforme á las ordenanzas por donde nos guiamos, los *Monteros* de guardia, que regularmente solian ser dos por cada persona, se quedan » ban en las respectivas antecámaras, en las cuales se » les disponian por el aposentador de palacio sus camas correspondientes, bien entendido que uno de los » *Monteros* tenia la obligacion de estar siempre vestido » y dispuesto para acudir á cuanto se le ordenara, y á fin de atender mejor á su particular cuidado, las » puertas correspondientes á las cámaras de las personas quedaban entreabiertas toda la noche. Entre los » *Monteros de Espinosa* y reyes no ha quedado nunca » ni queda ahora persona alguna por allegada en categoría que sea á las personas reales. El uso de las » camas ha quedado abolido, y hoy á los que están de » guardia no se les permite descanso alguno. »

PIO DE LA SOTA.

(Se concluirá.)

### A una Violeta.

A violet by mossy stone,  
Half-hidden from the eye,  
Fair as a star, when only one  
Is shining in the sky.

WORDSWORTH.

Flor divina y hechicera,  
De los cielos don precioso,  
Deja tu pétalo hermoso  
Del aura pura gozar;  
Abre tu cáliz fragante,  
No mas esquivas tu aroma,  
Y cuando la luz asoma,  
Del lirio déjate amar.

Tú la virtud representas  
Mas divina, encantadora —  
La modestia seductora  
Resplandece, flor, en tí;  
Ocultas tus bellas formas  
A los piés de altiva rosa,  
Mas la humildad es hermosa,  
Y tú eres hermosa allí.

Flor modesta y encantada,  
De los cielos la sonrisa,  
La mas bella y mas sumisa  
De las flores del pensil;  
Imágen de la inocencia,  
Flor amable y deliciosa, —  
Siempre pura y misteriosa, —  
Siempre la gala de abril.

Yo te amo, violeta humilde,  
Por tu esquividad y pureza,  
Por la sombra de tristeza  
Que en tus formas ví vagar;  
Porque eres entre las flores  
La sola que en la pradera,  
A mis ayes, lastimera,  
Vienes tu llanto á mezclar.

Te amo, virginal violeta,  
Porque tu corola encierra  
Lo mas caro que en la tierra  
Tuviera mi corazon : —  
Una lágrima furtiva  
De los ojos de mi amada,  
En tu corola violada  
Encontró su panteon.

Guárdala, flor primorosa,  
Porque esa lágrima pura,  
Revela cuanta tristura  
Acibara mi vivir : —  
Esa lágrima es la historia  
De un amor desventurado,  
De un dulce ensueño frustrado,  
Y de un roto porvenir.

ELLA, inocente y divina  
Era cual tú, candorosa ; —  
Deja en tu corola hermosa  
Su prenda de amor guardar ;  
Junta tu llanto á su llanto,  
Tu pesar á sus dolores, —  
Y esa lágrima de amores  
No dejes, no, profanar.

Será lluvia fecundante  
Para tí, flor hechichera,  
Esa lágrima postrera  
De la mujer que adoré ;  
Y hará abundar tu familia  
Y la modestia con ella, —  
Que dote tan noble y bella,  
En el mundo escasa hallé.

En noche triste de insomnio,  
Cuando piense en mi adorada,  
En tu corola violada  
Mi tesoro iré á buscar ;  
Y no temas que profane  
Tu castidad y pureza,  
Que en el llanto y la tristeza  
Solo bien se puede hallar.

Al acabarse las sombras  
Guarda de nuevo mi prenda,  
Y que el mundo no comprenda  
Que está en tu cáliz mi amor,  
Y cuando la luz despierte,  
Abre tu pétalo hermoso,  
Y al lirio enhiesto y dichoso,  
No le niegues tu favor.

Flor divina y hechicera,  
De los cielos don precioso,  
Deja tu pétalo hermoso  
Del aura pura gozar ;  
Sin dejar de ser modesta,  
Exhibe, flor, tu hermosura ;  
Deja en la mañana pura  
Tanta belleza ostentar...

J. M. TORRES CAICEDO.

Revista de Paris.

Desde que los jóvenes han tomado en la sociedad parisiense el grave aspecto de los hombres ya hechos, estos por el contrario se han dedicado á representar en ella el papel de tiernos mozos. Anda hoy por Paris un elegante de cuarenta y ocho años que representa á las mil maravillas esos Adónis de la decadencia. Llámale el baron de X..., y las mujeres que tienen en él un servidor paciente y obsequioso, le reciben en sus buenas gracias y se disputan sus servicios con tal ardor, que otra juventud ménos distraída que la nuestra se mostraria muy celosa de este galan en visperas de los cincuenta.

El baron, vulgar en su galantería, hace la corte indistintamente á todas las mujeres bonitas, de modo que sus esperanzas no conocen límites, aunque por desgracia para él, los tienen y muy bien marcados los favores que le dispensa el bello sexo. Sin embargo, nada quebranta la solidez de la confianza ni altera las ilusiones que sin cesar le tienen en visperas de los triunfos que ambiciona.

Como hombre, muy dado á la moda, y como estricto observador de todas las costumbres que ella impone, el baron da una vuelta todos los veranos por las casas de baños de mas voga de Francia y de Alemania, y en efecto, á principios del mes último tenia fijada ya su residencia en las aguas de Baden. Sabido es que en Baden se reúne lo mas selecto de la sociedad elegante ; allí hay reuniones, tertulias, bailes y conciertos, en fin, cuantas diversiones existen los inviernos en Paris, se repiten allí, con los mismos actores, en verano. Pocos dias despues de la llegada de nuestro héroe se daba un baile, al que asistian muchas mujeres encantadoras, y naturalmente el baron se encontraba muy ocupado ; una de las mas amables y distinguidas la marquesa de R... le miraba con una atencion lisonjera, y por

extraordinario no se engañó esta vez, pues concluida la reunion la dama se le acerca, y dirigiéndole la palabra á media voz y con aire misterioso, le dice :

— Desearia tener con Vd. una entrevista secreta ; ¿ me haria Vd. el favor de venir á verme mañana entre doce y una? No recibo á nadie á esa hora y podrémos hablar sin testigos : ¿ me promete Vd. que vendrá?

— Dios mio, adorable marquesa, para no condescender con tal deseo, seria preciso que estuviese muerto. Sí, marquesa, solo la muerte podrá hacerme faltar á esa cita.

En la turbacion que le causaba esta aventura, el viejo pi-saverde perdía el juicio ; su lenguaje se hacia tan ridículo como su persona.

— ¡ Santo cielo ! debía exclamar cuando se halló solo ; ¿ es mentira lo que me sucede? ¡ Con qué tambien la marquesa de R..., una señora de virtud tan rígida!... Es increíble ; y sin duda observándome á mí no hacia caso de nadie ; ¡ me amaba secretamente!

Un hombre fatuo es siempre fatuo, hasta cuando se halla á solas consigo mismo ; este « tambien la marquesa » del baron es un golpe maestro ; pero los hombres de mucha imaginacion tienen la ventaja de engañarse á sí propios y de persuadirse de aquello que quieren hacer creer á los demás.

A la otra mañana, el baron se arma con todos sus atractivos, y permanece largo tiempo delante de un espejo, probando efectos de fisonomía y arreglando sus cabellos negros, de un negro tan hermoso que podrian dar origen á cierta sospecha.

Entre doce y una nuestro hombre se presenta en la casa, mas le dicen que la marquesa habia salido. ¡ Desengaño cruel ! pero inmediatamente llega una doncella y le pregunta :

— ¿ Su nombre de Vd.?

— El baron de X...

— ¡ Ah ! eso es otra cosa ; la señora está esperando.

— ¡ Bien, muy bien ! se dice para sí con esa sonrisa halagüeña propia de los conquistadores.

Introducido en el gabinete reservado para las conversaciones íntimas, la marquesa le dice con cierta cortedad :

— Caballero, casi me arrepiento de haber duplicado á Vd. que viniera.

— ¿ Y cómo pues, marquesa?

— El asunto es tan delicado... ¡ justo cielo ! no sé cómo expresarme... de antemano suplico á Vd. que me disimule.

— ¡ Solicitar mi perdon, cuando extasiado estoy escuchando las dulces palabras de su boca!... eso es demasiado.

El baron se turbaba mas y mas ; la dama continuó diciendo :

— Sí, repito que no sé cómo decirlo.

— A buen entendedor con media palabra basta, repuso el baron recobrando su ánimo á favor del sentimiento de su mérito y por el apuro en que veía á la marquesa ; si lo que tiene Vd. que decir es escabroso, aquí estoy yo para ayudarla, añadió con una gracia inimitable.

— Sí, me han dicho que es Vd. de un carácter perfecto, muy servicial, un hombre como hay pocos, en una palabra.

— Y no la han engañado á Vd. ; pero quizá no la han dicho á Vd. que sobre todo soy muy discreto.

— ¡ Oh ! ¡ qué fortuna ! justamente voy á poner á prueba su discrecion de Vd.

— Cuente Vd. con ella, marquesa.

— Vd. fué amigo del difunto M. de R...

— Amigo íntimo... esto es, la intimidad que puede tener un jóven con un hombre de edad avanzada.

Y el baron añadió para sí :

— ¿ Con qué motivo me hablará de aquel compañero de hazañas amorosas?

(El difunto M. R... era muy conocido en Paris donde pasaba por el tipo de los viejos verdes.)

— Ya llego al grano, prosigue la marquesa, y me prometo que en breve comprenderá Vd. lo que deseo.

— Seguramente.

— Tengo una amiga que no nombraré á Vd. porque es inútil y porque seria una traicion. Esta amiga á quien quiero de todas veras ha sido víctima de una desgracia ; una desesperacion amorosa, un dolor punzante, han tenido para ella los mas deplorables resultados, tanto que en ménos de ocho dias su cabeza se ha cubierto de canas.

— ¡ Dios mio !

— Tiene veinticinco años, baron, y hace una semana su cabellera estaba tan negra como el azabache. Ya puede Vd. pensar, esta desgracia le ha hecho olvidar la otra, y se halla en un estado lastimoso ; ¿ comprende Vd. el infortunio de mi amiga?

— Es en efecto deplorable, lo comprendo.

— En ese caso no necesito añadir una palabra mas.

— ¿ Cómo es eso? añadió el baron con sorpresa.

— Mi amiga, prosiguió la dama, no quiere presentarse de tal manera ante la gente ; se ha encerrado en una casa de campo en las cercanías de Paris donde no trata con nadie, donde solo yo la he visto, yo que soy su confidenta, y puede Vd. juzgar si la habré merecido una entera confianza, pues á una amiga se le confían las penas, las faltas, hasta los pecados, pero jamás un achaque tan triste... Sin embargo, de mí no se ocultó, hoy he recibido carta de ella, siempre hablándome de su infortunio, y quiero mostrarme digna de la estimación que me profesa. Yo de palabra y por escrito la he aconsejado que trate de disimular la catástrofe lo mejor que pueda, es su único recurso, ¿ no es verdad?

— ¿ Qué duda tiene? contestó el baron atónito con la intriga y preguntándose : — ¿ Porqué me contará esta historia?

— Disimular está muy bien, continuó la marquesa, pero es preciso hacerlo con arte, con seguridad. Los peluqueros

venden aguas perniciosas que echan á perder el pelo, que quemán las raíces, que envenenan la cabeza. Ya sabe Vd. que la duquesa de \*\*\* murió por haberse teñido los cabellos con uno de esos enjuagues que contenía un veneno, un corrosivo que atacó y penetró el cerebro. Esto es horrible ; principió por ponerse pálida, luego fué enflaqueciendo y al cabo murió, todo por el agua maldita que usaba.

— Efectivamente, he oido hablar de eso.

— De manera que ya conoce Vd. que es preciso tomar las mayores precauciones, y cuando no se puede encontrar un cosmético seguro, inofensivo... pero, baron, ¿ Vd. no me ayuda?

— Pero, marquesa...

— Anoche estaba mirando á Vd. y ahora lo mismo, y veo que tiene Vd. un pelo de un negro asombroso, que disfruta Vd. de la mejor salud y siempre está contento.

— Todo eso está muy bien, mas no puedo entender...

— Sé que su difunto amigo habia inventado un agua que usó por espacio de mas de veinte años, y á cuyo beneficio conservó el pelo negro hasta los setenta, y que murió de un ataque de apoplejía fulminante.

— Es la pura verdad, marquesa, pero no se canse Vd., no entiendo.

— Sé tambien, porque su hermana me lo ha dicho, que le dejó á Vd. su receta que jamás ha querido Vd. comunicar á nadie, y que emplea Vd. el mismo cosmético.

— ¡ Es una infamia, es una calumnia ! exclama el baron ; mi amigo no me dejó tal receta ; yo no me tiño el pelo.

— ¡ Cómo ! ¿ lo niega Vd., baron? esa coquetería es excesiva.

— Yo digo siempre la verdad, señora marquesa.

— Disimúleme Vd., me habian engañado y estaba en un error, mas no obstante, convendrá Vd. conmigo en que ese negro tan brillante y hermoso puede no parecer natural en un hombre de cincuenta años.

— ¡ Cincuenta años ! ¿ con qué quiere decir que he venido á esta casa á que se me trate con tanta indignidad?

— Dispénseme Vd., caballero, tendrá Vd. los años que guste, y en efecto, será Vd. mas jóven, pero podia Vd. haber tenido penas como mi amiga ; ya se ve : ¡ Vd. ha amado tanto en este mundo !... Vamos, prosiguió la marquesa, queriendo probar la fuerza de la lisonja, vamos, sea Vd. compasivo, juro que guardaré el secreto, pero déme Vd. su receta para mi amiga, y salvará Vd. la vida á una jóven interesante, á una mujer que desde hoy le deberá su hermosura. Sea Vd. generoso, si fuera para mí, no le suplicaria á Vd. con tanto empeño.

Y efectivamente no era para ella que tiene un pelo rubio como un ángel.

Prometerse una buena fortuna y caer en aquello era muy duro para el baron de X... El fatuo galante consternado y balbuceando juró de nuevo que no conocia semejante receta, se levantó, saludó de mala gana, y se fué á la calle.

La amiga de la marquesa tendrá por fuerza que apelar á los cosméticos de los peluqueros. Su confidenta no la ha nombrado, pero ha divulgado la historia por todas partes, ejemplo palpitante de la discrecion de las mujeres.

El baron no pudiéndose presentar mas en Baden delante de la marquesa que le ultrajó en lo vivo de su coquetería, ha venido á esconderse en Paris donde la noticia de su triste aventura le habia ya precedido.

MARIANO URRABIETA.

La estacion de los baños.

AGUAS-BUENAS. — AGUAS-CALIENTES.

Yendo de Pau á Laruns y de allí á los pueblos de Aguas-Buenas y de Aguas-Calientes en Francia se atraviesa constantemente un magnifico país pasando por Jurançon por Bielle, y el valle de Ossau con la doble punta del pico del Mediodía siempre delante. Caminando por entre una doble hilera de colinas cubiertas de vegetacion y erizadas de ávidos peñascos se llega por un valle que va en disminucion á la bonita aldea de Laruns rodeada de picos y de agudas crestas y en cuyas cercanías se encuentran las famosas cante-ras de mármol de Loubie Soubiron, mármol tan blanco y mas duro que el de Carrara aunque á veces tiene vetas oscuras, que ha servido en Paris para los bajos-relieves exteriores de la Magdalena y para las estatuas de la plaza de la Concordia.

Poco despues de haber pasado Laruns, el camino se divide en dos ramales mas allá del puente llamado de *Mármol* ; los que van al pueblo de Aguas-Buenas toman á la izquierda y los que se dirigen á Aguas-Calientes continúan al Sur por un camino sembrado de precipicios que ha sido preciso conquistar á fuerza de minas ; el Gave muge en la roca y á poca distancia parece que obstruye el paso. Hay sitios en que el desfiladero es tan estrecho que de lejos parece una grieta imperceptible ; pero ya no hay que pasar al borde del terrible golfo cortado á pico llamado del *Thourat* ó *Hourat* ( mal agujero ), nombre que se da tambien á la montaña. El antiguo camino hoy abandonado, presentaba allí tanto á la subida como á la bajada grandes peligros, además del de bajar de una vez al insondable precipicio. Las cercanías de Aguas-Calientes son hermosísimas. El camino de Aguas-Buenas atraviesa el río despues de dividirse sobre un puente desde donde la vista abraza la estrecha garganta por donde corre el torrente hasta una profundidad espantosa. Una cuestecilla árida y elíptica conduce á otro puente de madera que marca la entrada de Aguas-Buenas, una verdadera

garganta pedregosa con otro torrente en su extremo que es el que se atraviesa.

La aldea de Aguas-Buenas se compone de una sola calle que concluye en una especie de jardin inglés, formada por veinte ó treinta fondas ó casas de huéspedes, con capacidad para mil quinientos habitantes; en la época en que estamos es casi imposible el poder encontrar allí ningun asilo; hace un mes y dentro era y será otra cosa.

Bien que esas fuentes no hayan sido frecuentadas desde hace mucho tiempo, han llegado á adquirir bastante fama en los últimos años; á ellas acudieron los soldados de Enrique de Albret heridos en la batalla de Pavía, y las llamaron *Aguas de arcabuz*, en memoria y reconocimiento del pronto alivio que con



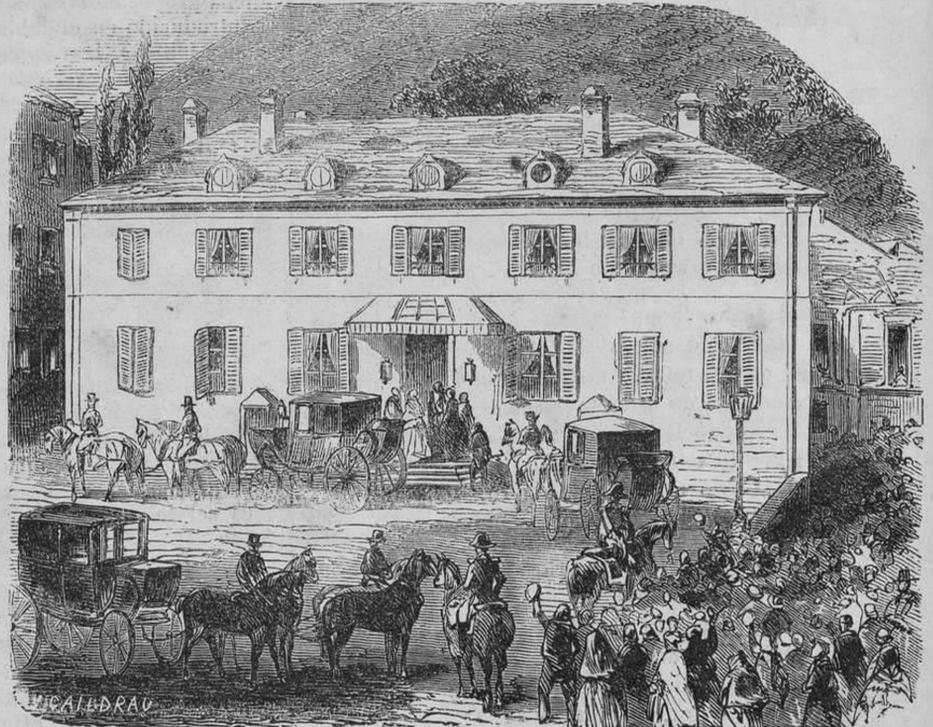
La calle mayor de Aguas-Buenas.

ellas encontraron. La casa del gobierno que ocupa hoy S. M. la emperatriz Eugenia en Aguas-Buenas, es un edificio bastante grande, sin carácter, que adquirió el emperador Napoleon I para fundar en él, á imitación de Enrique de Albret un hospicio militar. Después de 1815 quedó en posesión de la villa que la arrendó por tiempo determinado á un especulador, que daba habitación en ella á los forasteros. En este último año ha sido arreglada al servicio de la casa imperial, y en este arreglo han mostrado el gusto mas exquisito el arquitecto y los obreros que últimamente restauraron el castillo de Pau.

La vida es bastante cara en Aguas-Buenas y no muy animada á pesar de los bailes y reuniones que hay en

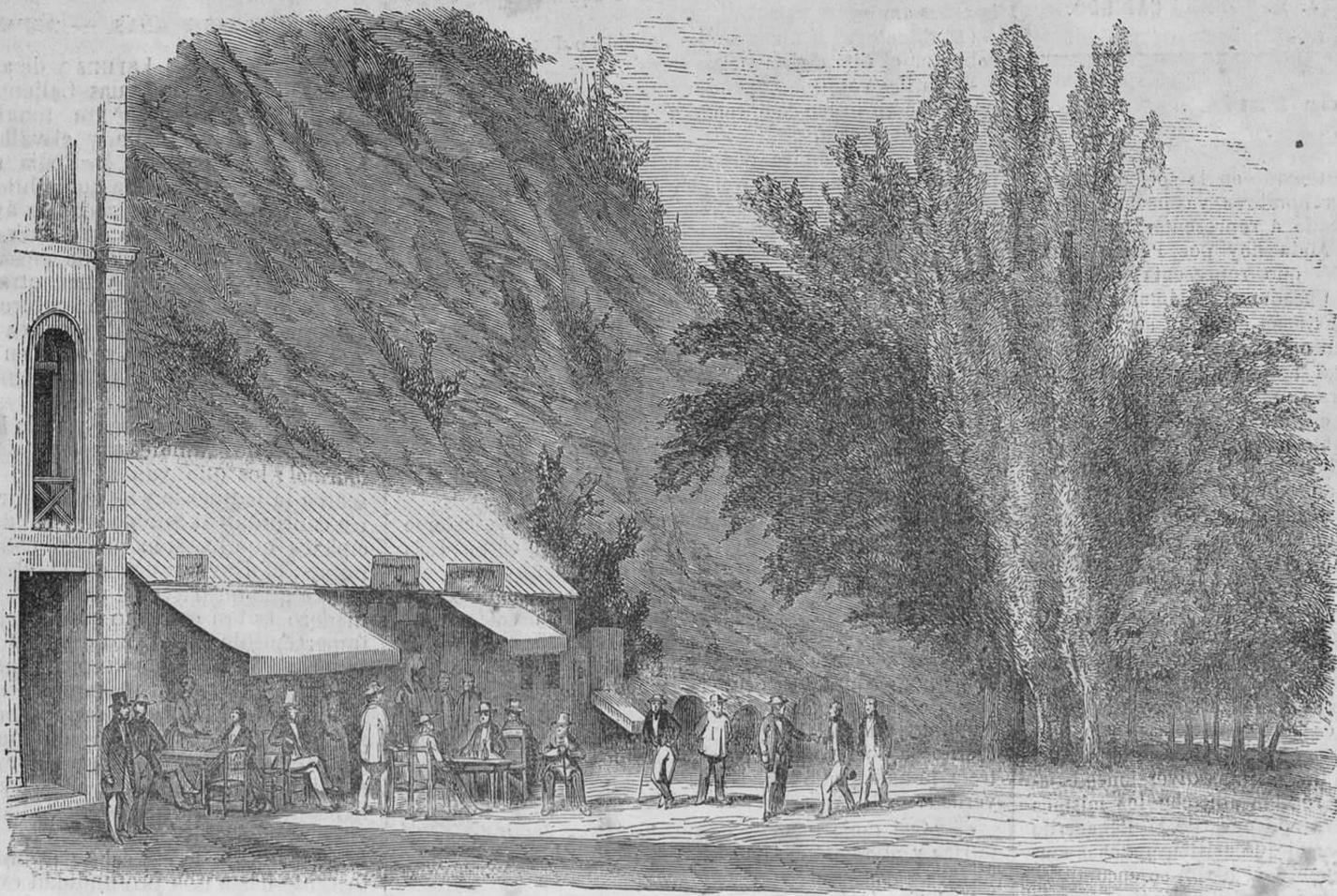


! Arco de triunfo levantado á la entrada de Aguas-Buenas, en honor de S. M. la Emperatriz.



Llegada de la Emperatriz á la casa del Gobierno, donde habita.

las fondas. El recurso principal consiste en los paseos que como es de suponer son admirables por los grandes aspectos que presentan en todos sentidos. El arte ha hermoñado de un modo notable la naturaleza. Por medio de suaves senderos se han hecho accesibles para los pobres enfermos esas colinas cubiertas de vegetacion que rodean el pueblo. Desde lo alto de la cuesta del Tesoro la vista domina Laruns y el valle de Ossau. Otras bonitas sinuosidades conducen á las cascadas del Valentino, que aunque pequeñas, son muy graciosas. Un bonito valle de hayas conduce al hermoso paseo Jacqueminot á media hora de la aldea; y por último Aguas-Buenas debe á M. Moreau el agente de cambio bien co-



El jardin inglés y el café de Dorotea.

nocido y apreciado por sus gustos artísticos y por una originalidad demasiado rara entre los de su profesion, el *paseo horizontal*, tan precioso y tan agradable para los enfermos desde donde se descubren los valles de Aas y de Ossau, y que segun se dice, se continuará hasta Aguas-Calientes.

Las personas atrevidas pueden intentar, aunque lo hacen rara vez, con los cazadores de osos, la ascension del pico del Ger, punto elevado mas de 2600 metros sobre el nivel del mar y que domina al pueblo de Aguas-Buenas. Es un viaje penoso donde se expone uno á terribles tormentas, pero á cuyo término el curioso viajero se encuentra plenamente recompensado de sus fatigas por la vista de un panorama gigan-

tesco que tiene por puntos extremos Pau, el pico del Mediodía y la cadena majestuosa de los altos Pirineos al Sur.

Las Aguas-Calientes, que sea dicho entre paréntesis no lo son mucho mas que las otras que hay en la cordillera de los Pirineos, son muy eficaces contra los reumatismos, la parálisis y las obstrucciones abdominales.

Están situadas en la garganta principal del valle de Ossau, y la aldea, de poca importancia, está construida sobre la peña en donde nacen seis ó siete manantiales todos sulfurosos; la fuente principal es la del Rey (*lou Rey*) así llamada por las frecuentes visitas que la hizo Enrique IV; luego sigue la de la Esquirette que es la mas cargada de principios mineralizadores; despues la de Baudot descubierta últimamente y que pasa por tener grandes virtudes digestivas y la fuente Minvielle, con cuyas aguas se combaten las nevalgias. Tres de estas fuentes se emplean en baños en el establecimiento que es muy hermoso y completo, teniendo además la ventaja sobre el de Aguas-Buenas de poseer un *salon* ó mejor dicho tres salones, uno de reunion ó de *conversacion*, otro de lectura y otro de música.

En las cercanías de Aguas-Calientes hay tan buenos paseos como en las de Aguas-Buenas. No lejos de este punto se halla una gruta calificada por una inscripcion que está sobre un pilar de *Gruta curiosa* y que pertenece al Sr. marqués de Castellane. Las Aguas-Calientes

tienen tambien su gruta mas ó ménos esmaltada de estaláctitas y cuya entrada se halla sometida á una tarifa algo judáica. Pero aquí tenemos una excursion mas considerable, y es la de Gabas, última aldea francesa por el lado de España, interesante por el tránsito pintoresco de los arrieros aragoneses, y por cierto vinillo de Málaga no falsificado. El que quiere disfrutar goces mas nobles sube el pico del Mediodía de Ossau, da una vuelta por España y aun llega hasta los baños de Penticosa, tambien de aguas calientes, en Aragon, pero este es un viaje de catorce ó quince horas. Luego se vuelve á Francia por el mismo camino, esto es, por

ya en 1850 la forma actual de gobierno parecia muy deseada en aquellas montañas.

— Caballero, le dijo un dia un montañés político, esto no puede durar así; es preciso que gobierne Napoleón... ya no vendemos nuestros quesos.

Y parece que hoy los venden, y á buen precio, como todo lo que se despacha en los Pirineos y particularmente en Aguas-Buenas, donde hay abundancia de bastones de boj, perrillos, fragmentos de mineralogía, pedazos de estaláctitas, muñecas vestidas á la moda del país, etc., etc., objetos de que gustan cargarse muchos viajeros.

F. M.



Casa de baños de Aguas-Calientes.

desfiladeros cubiertos de una vegetacion asombrosa y por el puente llamado con razon del Infierno, que recuerda el del acto diabólico del *Freyschutz*.

S. M. la emperatriz Eugenia honra en este momento con su presencia estos hermosos sitios, donde ha sido acogida á la vez como soberana y como una antigua conocida.

En Aguas-Buenas la recibieron hace algunos años cuando no era mas que una persona particular de alta categoría, y se ha conservado intacto el vivo recuerdo de las gracias afables que todos cuantos se le acercan reconocen sus acciones en S. M. Además todas las razones del mundo militaban para que el recibimiento hecho á la Emperatriz fuese ardiente y entusiasta. Un viajero distinguido, M. Nicolle, cuenta en su *Excursion á los Pirineos*, que



Montañeses de los Pirineos.



La garganta de Aguas-Calientes.

## ELVIRA Y LUISA.

(Continuacion.)

— Hija mia, la Francia se encuentra en una situacion precaria que solo conocen el rey y algunos hombres de claro entendimiento, pero el rey es una cabeza sin brazos, y luego los hombres de mérito que están al corriente del peligro no tienen ninguna autoridad sobre los instrumentos que deben emplearse para alcanzar un resultado satisfactorio. Los hombres vomitados por la eleccion popular no quieren hacer el papel de instrumentos, y á pesar de su inteligencia, continúan la obra de la destruccion social, en vez de ayudarnos á afianzar el edificio. En una palabra, la revolucion continúa, se halla implantada en la ley, se halla escrita en el suelo, se encuentra en todos los espiritus, y es tanto mas formidable cuanto que la mayor parte de esos consejeros del trono que no la ven con soldados ni tesoros, la creen vencida. El rey está dotado de una inteligencia superior, todo lo ve claro, pero seducido de día en día por los de su hermano que quieren ir demasiado aprisa, no vivirá dos años, y en su agonía arregla las sábanas para morir tranquilo. ¿Sabes, hija mia, cuáles son los efectos mas destructores de la revolucion? No lo creerías; la revolucion al cortar la cabeza á Luis XVI, se la cortó tambien á todos los padres de familia. Hoy ya no hay familia, no hay mas que individuos, y los franceses queriendo constituirse en nacion renunciaron á ser un imperio. Proclamando la igualdad de derechos á la sucesion paterna, acabaron con el espíritu de familia, crearon el fisco, y prepararon la debilidad de las superioridades y la fuerza ciega de la masa, la extincion de las artes, el reinado del interés personal, y por último abrieron los caminos á la conquista. Nos hallamos entre estos dos sistemas, ó constituir el Estado por la familia, ó constituirle por el interés personal, la democracia ó la aristocracia, la discusion ó la obediencia, el catolicismo ó la indiferencia religiosa, hé ahí la cuestion en resumidas cuentas. Yo pertenezco al corto número de aquellos que quieren resistir á lo que llaman el pueblo, en su interés bien comprendido: ya no se trata de derechos feudales, como se dice á los necios, sino que se trata del interés del Estado, se trata de la vida de la Francia. Todo país que no tiene por base el poder paternal se encuentra sin existencia asegurada: ahí principia la escala de las responsabilidades y la subordinacion que alcanza aun al mismo rey. El rey se halla identificado con nosotros; morir por el rey es morir por sí mismo, por la propia familia que como el reino no muere nunca. Un país es fuerte cuando se compone de familias ricas, cuyos miembros todos se hallan interesados en la defensa del tesoro comun, tesoro de dinero, de gloria, de privilegios, de goces, y es débil cuando se compone de individuos aislados á quienes importa poco obedecer á siete hombres ó á uno solo, sea cual fuere, con tal de que cada individuo conserve su bien, y ese desgraciado egoista no conoce que un día le será arrebatado. Si la prueba sale mal llegaremos á un estado de cosas terrible, no tendremos mas que leyes penales ó fiscales, la bolsa ó la vida. El país mas generoso de la tierra no se dejará ya guiar por los sentimientos, verémos por todas partes llagas incurables. Primeramente unos celos universales: las clases superiores se confundirán, se tomará la igualdad de los deseos por la igualdad de fuerzas, y las verdaderas superioridades reconocidas se hallarán perdidas en las olas de la clase media. Se podia elegir un hombre entre mil de aquellos, pero será posible distinguir entre tres millones de ambiciones semejantes vestidas con la misma librea, la librea de la inferioridad. Esa masa triunfante no distinguirá que tiene contra sí otra masa terrible, la de los campesinos hacendados: veinte millones de fanegas de tierra viviendo, marchando, racionando, ambicionando mas y mas cada vez, disponiendo de la fuerza bruta...

— Pero, exclamé interrumpiendo á mi padre, ¿qué puedo hacer yo por el Estado? Confieso que no me hallo dotada de la menor inclinacion á ser la Juana de Arco de la familia y á perecer sobre la hoguera de un convento.

— Eres una picaruela, que cuando te hablo serio me contestas con bromas, y cuando me chancoo te pones seria.

— El amor vive de contrastes, le respondí, y él se echó á reír á carcajadas.

— Piensa bien en lo que acabo de decirte y notarás cuánta grandeza y confianza hay en el fondo de lo que me has oído, y quizá los sucesos secundarán mis ideas. Sé que tocante á tí mis proyectos son inciertos, pero por eso he apelado á tu razon y no á tus sentimientos, pues he reconocido en tí una razon y sensatez muy raras en el mundo.

— Veo que os adulais en mi persona, le contesté, porque al cabo y al fin soy vuestra hija.

— De todos modos, prosiguió, no puedo ser inconsecuente; quien desea una cosa no repara en los medios, hasta cierto limite, y á todos debemos el ejemplo. En resumen, carceras de fortuna hasta tanto que la de tu hermano segundo se halle asegurada, y quiero emplear todos tus capitales en constituirle un mayorazgo.

— Enhorabuena, le respondí, pero no porque os deje mi fortuna me prohibiréis que viva á mi gusto, que sea dichosa á mi manera...

— ¡Ah! con tal, exclamó, que la vida como tú la entiendes no sea contraria en nada al honor, á la consideracion y á la gloria de la familia...

— Vamos, le dije, pronto me destituís de mi razon superior.

— En Francia, hija mia, repuso con amargura, no hay un hombre que quiera aceptar por mujer á una jóven de la mas alta nobleza sin dote; si se encontrase un marido así pertenecería á una familia advenediza; y con respecto á esto, confieso que soy un hombre del feudalismo.

— Y yo tambien, le dije, pero ¿porqué desesperarnos? ¿No tenemos pares de Francia de edad bien avanzada?

— Veo que sabes demasiado, Luisa, exclamó; y luego se retiró sonriendo y besándome la mano.

Aquella misma mañana habia recibido tu carta que justamente me habia hecho pensar en el abismo en que te hallas próxima á caer, y parecíame que una voz interior me gritaba á mi misma:

— ¡Tú tambien caerás!

En su vista tomé mis precauciones. Querida mia, Henares se atreve á mirarme y sus ojos turban mi espíritu, me producen una sensacion que creo hija de un terror profundo. Dos dias hace ya que estoy deliberando conmigo misma sobre si diré claramente á mi padre que ya no quiero aprender el español, y que despida al maestro; pero en cuanto tomé esa resolusion siento que echaria de menos la horrible sensacion que experimento al ver á ese hombre y me digo:

— Le veré otra vez mas ántes de hacerlo.

Elvira mia, su voz es de una dulzura penetrante; sus maneras son sencillas y carece de toda afectacion. ¡Y qué dentadura! Hace un instante al despedirse, notando sin duda que me inspira cierto interés, y con el mayor respeto hizo el ademán de tomarme la mano para besármela, pero al punto se contuvo como espantado de su atrevimiento y de la distancia que queria salvar. Sin embargo, yo adiviné la intencion y me sonreí, pues no hay nada mas tierno que ver el impetu de una naturaleza inferior que se replega así sobre sí misma. ¡Hay tanta audacia en el amor que inspira una jóven noble á un hombre que no es de su condicion! Mi sonrisa le animó; el pobre diablo buscaba su sombrero sin verlo, no queria encontrarle, y yo con mucha seriedad se le puse en la mano. Lágrimas sostenidas humedecian sus ojos, y en aquel momento tan fugaz hubo todo un mundo de pensamientos y de cosas. Tan bien nos comprendimos que le alargué mi mano para que la besara, lo que fué decirle quizá que el amor podia llenar el espacio que nos separa.

Ignoro como me atreví á tanto; Griffith estaba vuelta de espaldas, y sentí en mi mano el fuego de sus labios templado por dos gruesas lágrimas. Angel mio, me quedé sin fuerzas en mi sillón, pensativa y muy dichosa, aunque me seria imposible decir cómo ni porqué. Fué un sueño poético; mi humillacion voluntaria de que ahora me avergüenzo, me parecia una cosa grande; me habia fascinado, no puedo disculparme de otro modo.

Viernes.

Es un hombre notable; su decir es elegante, su inteligencia superior. Querida mia, se muestra tan sabio y tan lógico como Bossuet en cuando me explica el mecanismo no ya de la lengua española, sino del pensamiento humano y de todas las lenguas. Habla el francés perfectamente, y como yo le manifestara por ello mi sorpresa, me contestó que vino á Francia siendo muy jóven con el rey y vivió en Valençay. ¿Qué ha pasado por él? ya no es el mismo; vino vestido sencillamente, pero con aire de un gran señor que sale por la mañana á pié. Su talento brilló como un faro durante esa leccion, desplegó en ella toda su elocuencia, y como un hombre cansado que recobra todo su vigor, me reveló su alma oculta hasta aquí; me contó la historia de un pobre diablo de lacayo que sufrió contento la muerte por una sola mirada de una reina de España.

— Es el único fin que podia prometerse, le dije yo. Esta respuesta le llenó de júbilo y me echó una mirada que verdaderamente me dejó temblando.

Por la noche fui al baile de la duquesa de Lenoncourt, y como encontrara allí al principe de Talleyrand, le pregunté por medio de M. de Vandenesse, un jóven excelente, si en 1809 tuvo en sus dominios á un tal Henares. — Henares es el nombre moro de la familia de Soria que, segun ellos dicen, son abencerrajes convertidos al cristianismo; el viejo duque y sus dos hijos acompañaron al rey, y el primogénito, el duque de Soria de hoy, acaba de ser despojado de todos sus bienes, honores y títulos, por el rey Fernando que venga en su persona una enemistad ya muy antigua. El duque cometió una falta inmensa al aceptar el ministerio constitucional con Valdés, pero por fortuna se marchó de Cádiz ántes de que entrara el duque de Angulema que, á pesar de su buena voluntad, no habria podido preservarle de la cólera del monarca.

Esta respuesta que el vizconde de Vandenesse me repitió textualmente, me ha dado mucho que pensar: no puedo explicar con cuánta ansiedad esperé la leccion de esta mañana, y al examinarle luego durante el primer cuarto de hora de leccion, en vano me preguntaba en mi interior si era noble ó no lo era. Henares parecia que adivinaba mis pensamientos á medida que iban naciendo, y que se complacia en llevarme la contraria. Por último ya no pude mas, tiré de repente mi libro interrumpiendo mi traduccion y le dije:

— Caballero, nos estais engañando aquí; no sois un hombre de origen oscuro, sino el duque de Soria.

— Señorita, me respondió con un movimiento de tristeza, desgraciadamente no lo soy.

¡Con cuánta desesperacion pronunció el desgraciadamente! ¡Ah! querida mia, ningun hombre podrá jamás manifestar tanta pasion ni decir tantas cosas en una palabra; luego bajó los ojos, sin atreverse á levantarlos mas sobre mí.

— M. de Talleyrand, le dije, en cuya casa pasasteis los años de destierro, dice que un Henares no puede ser mas que un duque de Soria en desgracia ó un criado.

Al oír esto alzó los ojos y me mostró dos brasas negras y brillantes, dos ojos á la vez resplandecientes y humillados. Me pareció que en aquel instante sufría el mas cruel de todos los tormentos.

— Mi padre, contestó, era en efecto un servidor del rey de España.

Aunque hablábamos en español, Griffith extrañaba nuestra manera de estudiar, pues entre las preguntas y respuestas hacíamos pausas alarmantes.

— Pero en fin, le pregunté, ¿sois noble ó no lo sois?

— Ya sabeis, señorita, que en España todo el mundo es noble.

Su reserva me incomodaba en alto grado. — Tenia yo preparada este día una de esas diversiones que sonrien á la imaginacion: habia trazado en una carta el retrato ideal del hombre por quien yo desearia ser amada, y me habia propuesto dársela á traducir. Hasta ahora he traducido del español al francés y no del francés al español; se lo observé y supliqué á Griffith que me buscara la última carta que habia recibido de una de mis amigas.

— Voy á estudiar, decia para mí, el efecto que le producirá mi programa, y con eso sabré cual es la sangre que corre por sus venas.

Tomé el papel de manos de Griffith y exclamé: — Veamos si he copiado fielmente, pues todo estaba de mi letra.

Y le di la carta y le examiné mientras leía lo siguiente:

« Querida mia: el hombre á quien yo ame ha de ser duro y orgulloso con los hombres, pero muy afable con las mujeres. Su mirada de águila sabrá reprimir instantáneamente todo cuanto pueda parecerse al ridículo; contestará con una sonrisa desdeñosa á todos los que quieran chancearse con las cosas sagradas y sobre todo con aquellas que constituyen la poesia del corazón, sin las cuales la vida seria una realidad muy triste. Desprecio profundamente á los que atacan las ideas religiosas, tan fértiles en consuelos, de modo que sus creencias han de tener la sencillez de las de un niño junta con la conviccion inalterable de un hombre de talento que ha profundizado las razones de ellas. En su decir nuevo y original no quiero que haya ostentacion ni afectacion ninguna; su alma deberá encerrar grandes tesoros para que le sea tan imposible cansar á los demás como cansarse á sí mismo. Todos sus pensamientos han de ser de un género noble, elevado, caballeresco, sin ningun egoismo, y en todas sus acciones se ha de notar la ausencia total del cálculo ó del interés. Sus defectos serán hijos de la misma extension de sus ideas, que se hallarán muy por encima de las pequeñeces de la época; en todas las cosas debo encontrar en él esa superioridad sobre los tiempos. Lleno de atenciones delicadas para con los seres débiles, será bueno para con las mujeres, pero con dificultad preferirá á ninguna, pues debe considerar esta cuestion como muy grave para jugar con ella. Podria suceder, pues, que pasara toda su vida sin amar de veras, á pesar de tener en sí todas las cualidades que pueden inspirar una pasion profunda; pero si halla una vez su ideal de mujer, ese ideal que suele aparecerse en los sueños que se tienen con los ojos abiertos, si halla un sér que le comprenda, que llene su alma, que ilumine su existencia toda con un rayo de felicidad, que brille para él como una estrella entre las nubes de este mundo tan sombrío, tan frío, tan helado, que haga vibrar en su corazón las cuerdas mudas hasta el día, creo inútil decir que sabrá agradecer y apreciar su felicidad en lo que vale, y que la hará dichosa completamente. Jamás con una palabra ó con una mirada iastimará ese corazón amante que se habrá entregado en sus manos con el ciego amor de un niño que duerme en los brazos de su madre, pues si ella un día llegara á despertarse de su dulce sueño se quedaria para siempre con el alma y el corazón desgarrados; en una palabra, le seria imposible embarcarse sobre ese océano, sin consagrar todo su porvenir á la mujer amada.

« Necesariamente este hombre habrá de tener la fisonomía, la figura y el andar, en fin, el modo de hacer todas las cosas, sean grandes ó pequeñas, de los seres superiores que son sencillos y sin afectacion. Puede ser feo, pero sus manos han de ser hermosas; tendrá el labio superior ligeramente levantado por una sonrisa irónica y desdeñosa para los indiferentes, y por último reservará para los que ama el rayo celestial y brillante de su mirada llena de alma. »

— Señorita, me dijo en español Henares con un acento profundamente conmovido, ¿me permitis que me quede con este papel en memoria vuestra? Esta es la última leccion que tendré la honra de daros, y la que yo recibo en este escrito puede ser para mí una regla eterna de conducta. Salí de España como un fugitivo y sin dinero, pero hoy he recibido de mi familia una suma que basta para cubrir mis necesidades. Si gustais, os enviaré algun pobre refugiado que me reemplazará en mis lecciones.

Tambien parecia decirme: — Basta de chanzas.

Entonces se levantó con un movimiento de una increíble dignidad, y me dejó confundida con esa delicadeza inaudita en un hombre de su clase.

Bajó y pidió que le permitieran hablar con mi padre. En la comida mi padre me dijo sonriendo:

— Luisa, has recibido lecciones de español de un ex-ministro del rey de España y de un condenado á muerte.

— El duque de Soria, contesté.

— Ya no lo es, repuso mi padre; ahora toma el título de baron de Macumer de un feudo que tiene aun en la Cerdeña; me parece un hombre raro.

— No seas tan desdenoso con un hombre que es iguala, le dije, y que á mi juicio posee un alma grande.

— ¿Qué decís, baronesa de Macumer? exclamó mi padre mirándome con aire irónico. Yo bajé los ojos con un movimiento de altivez.

— Henares ha debido encontrarse á la puerta con el embajador de España, dijo mi madre.

— En efecto, respondió mi padre; el embajador me preguntó si conspirábamos aquí contra el rey su amo; pero saludó al ex-grande de España con mucha deferencia, y le ofreció sus servicios.

Todo esto ha pasado, mi querida Elvira, hace ya quince días, y todo ese tiempo hace que no he visto al hombre que me ama, no me cabe duda. ¿Qué estará haciendo? Quisiera ser mosca, raton ó pájaro, para poderle ver solo en su casa, sin que él me distinguiera.

Tenemos un hombre á quien yo puedo decir: Muere por mí, y estoy segura de que moriría. Por fin, existe en París un hombre en quien pienso y cuya mirada me inunda de luz interiormente. ¡Oh! es un enemigo que debo hollar á mis piés. ¡Cómo! ¿habría un hombre necesario, indispensable á mi existencia? ¡Tú te casas y yo amo! Al cabo de cuatro meses aquellas dos palomas que tan alto volaban han caído en los pantanos de la realidad.

Domingo.

Ayer noche en los Italianos sentí que me miraban; mis ojos sufrieron la mágica atracción de dos ojos de fuego que brillaban como dos carbunclos en un rincón oscuro de la orquesta. Henares no ha separado de mí su vista; el monstruo ha buscado el único punto desde donde podía verme y se ha instalado en él; no sé lo que es en política, pero en amor, amiga mía, es un genio.

### XIII.

DE LA SEÑORA DE LA ESTORADE A LA SEÑORITA DE CHAULIEU.

En la Crampade, febrero.

Mi querida Luisa, ántes de escribirte he querido esperar, pero ahora sé muchas cosas que he aprendido y que debo decirte para tu felicidad en lo sucesivo. Hay tanta diferencia entre una soltera y una mujer casada, que la soltera no puede concebir lo que es el otro estado. Lo cierto es que yo he preferido casarme con Luis de la Estorade ántes que volver al convento, y cuando adiviné que de no casarme con Luis tendría que pasar mi vida en el monasterio, me resigné á mi suerte, y una vez resignada me puse á examinar mi situación á fin de sacar de ella el mejor partido posible.

Desde luego la gravedad de los juramentos me impuso terror: el matrimonio se propone la vida, en tanto que el amor solo se propone el placer, pero para eso el matrimonio subsiste cuando desaparecen los placeres, y da origen á intereses mucho mas caros que los del hombre y la mujer que se aman.

Quizá por esta razon para hacer un matrimonio venturoso solo se necesita esa amistad que teniendo en cuenta la dulzura pasa por alto muchas imperfecciones humanas. Nada se oponía á que yo concibiese esa amistad por Luis de la Estorade. Bien decidida á no buscar en el matrimonio los goces de aquel amor en que pensábamos tan á menudo y con una exaltación tan peligrosa, sentí en mi interior la tranquilidad mas benigna.

— Si carezco de amor, ¿porqué no he de buscar la felicidad? me dije. Además soy amada y permitiré que me amen; mi matrimonio no será una esclavitud, sino una superioridad perpetua. ¿Qué inconveniente ofrecerá ese estado de cosas á una mujer que quiere permanecer dueña absoluta de sí misma?

Este punto tan grave de cargar con el matrimonio y no con el marido quedó zanjado en una conversación que tuvimos Luis y yo, en la cual pude apreciar su buen carácter y la dulzura de su alma. Querida mía, yo deseaba mucho permanecer en esa hermosa estación de esperanzas amorosas que no dando origen á ningun placer deja al alma su virginidad. No conceder nada al deber ni á la ley, no depender mas que de sí misma y conservar el libre alvedrío... ¡qué plan tan dulce y tan noble! Pero este contrato opuesto al de las leyes divinas y humanas solo podía celebrarse entre Luis y yo. Esta dificultad, la primera que distinguimos, fué la sola que retardó la conclusion de mi matrimonio. Si en un principio me hallaba resuelta á todo por no volver al convento, está en nuestra naturaleza el pedir lo mas despues de haber obtenido lo ménos, y nosotras, ángel mio, somos de aquellas que lo quieren todo. Yo examinaba á Luis de reojo y me decía:

— ¿La desgracia le habrá hecho bueno ó malo?

A fuerza de estudiar descubrí que su amor llegaba hasta la pasión, y una vez llegada yo al estado de ídolo, al verle palidecer y temblar á la menor mirada fría, conocí que podía atreverme á todo. Naturalmente le llevé lejos de las familias en paseos en que interrogué su corazón con la mayor prudencia; le hice hablar y le pedí cuenta de sus ideas, de sus proyectos, de nuestro porvenir, pero mis preguntas anunciaban tantas reflexiones detenidas, y daban tan bien con el flaco de esa horrible vida entre dos personas, que Luis me confesó despues que habia llegado á ponerle en cuidado mi sabia virginidad.

Yo escuchaba sus respuestas en las que hablaba siempre confundido como esas personas á quienes el miedo roba todos sus recursos, y concluí por echar de ver que el acaso me daba un adversario tanto mas inferior cuanto que adivinaba lo que llamas tú mi alma grande. Quebrantado por las desgracias y la miseria se consideraba como muerto ya y se perdía en tres temores horribles. Primero tiene treinta y siete años y yo no tengo mas que diez y siete, por manera que media espantado los veinte años de diferencia que están entre nosotros. Luego parece que yo soy muy bonita, segun dicen todos, y Luis que participa de esta opinion no veía sin un profundo dolor que los padecimientos le habian arrebatado lo mejor de su juventud. Por último, conocía que yo aun siendo mujer le soy muy superior; ahora bien, en su desconfianza por estas tres inferioridades visibles, temía que no podría labrar mi felicidad, y que yo le tomaba porque no habia otra cosa.

— Sin la perspectiva del convento, no se habria realizado nuestro matrimonio, me dijo con timidez una noche.

— Eso es verdad, le respondí gravemente.

Querida Luisa, me causó la primera emocion de las que nos vienen de los hombres; el corazón se me oprimió al ver las dos gruesas lágrimas que rodaron de sus ojos.

— Luis, repuse con un acento consolador, de vos solo depende que este matrimonio de pura conveniencia sea un enlace en que yo pueda consentir gustosa; lo que voy á pedir os exige de vuestra parte una abnegación mucho mayor que la de la supuesta esclavitud de vuestro amor cuando es sincero. ¿Podeis elevaros hasta la amistad tal como yo la comprendo? No se encuentra mas que un amigo en la vida, y yo quiero ser el vuestro: la amistad el lazo que forman dos almas semejantes, unidas por su fuerza, y sin embargo independientes. Seamos amigos y asociémonos para soportar juntos la vida. Dejarme mi entera independencia; no os prohibo que trateis de inspirarme el amor que decís sentir por mí, pero no quiero ser vuestra mujer sino mediante mi libre alvedrío. Dadme el deseo de abandonar mi libre alvedrío, y os le sacrificio inmediatamente. No os prohibo, pues, apasionar esta amistad, no turbarla con la voz del amor, por mi parte pondré especial cuidado en que nuestro afecto viva siempre. Sobre todo evitad los enojos que la situación bastante singular en que nos hallaríamos de aquel modo medaría entre amigos y extraños. No quiero parecer caprichosa ni hipócrita porque no lo soy, y os creo un hombre bastante honrado para proponeros que guardéis las apariencias del consorcio.

Querida mía, Luis se puso loco de contento con mi proposición; sus ojos brillaban, el fuego de la felicidad habia secado con lágrimas.

— Os haréis cargo, le dije al concluir, que nada hay de extraño en lo que os pido; mi condición es hija de mi gran deseo de poseer vuestra estimación: si me debierais solo el matrimonio, ¿no agradeceríais mucho un día el haber visto coronado vuestro amor por las formalidades legales y religiosas y no por mí? Si durante el tiempo que no me agradaís os obedeciera pasivamente como mi buena madre me acaba de recomendar con el mayor empeño, y llegara á tener un hijo, ¿creéis que le amaría tanto que al que hubiera nacido de un cariño mutuo? No olvideis que vamos á estar colocados en una situación peligrosa; debemos vivir en el campo, y no podemos ménos de pensar en la inestabilidad de las pasiones; ahora bien, ¿las personas prudentes no deben precaverse contra las desgracias del cambio?

Se quedó atónito al oír de mi boca tantos raciocinios, pero me hizo una promesa solemne despues de la cual le tomé la mano y se la estreché afectuosamente.

A últimos de la semana nos casamos. Segura de conservar mi libertad, me ocupé con mucha alegría de los inspidos pormenores de las ceremonias, y á saber cómo habrán interpretado mi júbilo de novia. Tomaron por una mujer sin aprehensión á una jóven regocijada por la situación nueva y llena de recursos en que yo habia sabido colocarme.

Pero te diré, amiga mía, que al punto descubrí como por encanto todas las dificultades de mi vida, y me propuse sinceramente labrar la felicidad de mi marido. Ahora bien, en la soledad en que vivimos, si una mujer no lleva las riendas del gobierno, el matrimonio en muy poco tiempo se hace insoportable. Para esto es preciso que la mujer reúna los encantos de una querida y las cualidades de una esposa. El rodear de incertidumbre los placeres, es prolongar la ilusión y perpetuar los goces de amor propio tan caros, y con tanta razon, para las criaturas todas. El amor conyugal tal como yo le concebí, reviste así á una mujer de esperanza, la hace soberana y la da una fuerza inextinguible, un calor de vida que hace florecer cuanto ve-

geta en torno suyo. Cuanto mas segura está de sí misma y de su imperio, mas vida presta al amor y la felicidad. Pero yo he tenido buen cuidado de exigir que nuestros arreglos interiores permanezcan envueltos en el misterio mas profundo, pues el hombre subyugado por su mujer se halla justamente cubierto de ridiculo. La influencia de una mujer debe ser toda secreta; en las mujeres la gracia es el misterio. Aunque me propongo restablecer ese carácter abatido, y restituir el antiguo lustre á las excelentes cualidades que he descubierto, quiero que todo en Luis parezca espontáneo. Esta es la tarea que me he impuesto, tarea que basta á colmar la gloria de una mujer: casi me enorgullezco de tener un secreto para hacer interesante mi vida, un plan hácia cuyo logro dirigiré mis esfuerzos, desconocida de todo el mundo, excepto de Dios y de mi querida Luisa.

Ahora soy casi dichosa, y quizá no lo sería tanto si no pudiera comunicarlo todo á una persona amada, pues ¿cómo decirselo á él? Mi contento le incomodaría, y es preciso que guarde silencio. Luis, querida mía, tiene una delicadeza de mujer, como todos los hombres que han padecido mucho; durante tres meses hemos permanecido como ántes de nuestra boda, y ya puedes pensar si en ese tiempo habré estudiado yo una porción de pequeñas cuestiones que interesan al amor mas de lo que se cree. A pesar de mi frialdad, Luis ha recobrado un poco de ánimo; he visto su fisonomía primero cambiar de expresión y luego rejuvenecerse. La elegancia que introducía yo en su casa se iba reflejando en su persona; insensiblemente me iba acostumbrando á él, y á fuerza de verle he descubierto la correspondencia de su alma y su fisonomía. El animal que llamábamos un esposo en el convento, ha desaparecido, y una de estas últimas noches he visto un amante cuyas palabras me llegaban al alma y en cuyo brazo me apoyaba con un placer indecible. Por último, hablándote francamente como hablaría con el mismo Dios á quien nadie puede engañar, picada acaso por la admirable religiosidad con que cumplía su juramento se despertó la curiosidad en mi corazón; avergonzada de mí misma resistía, pero ¡ay! cuando solo se resiste ya por dignidad, pronto se ocurren transacciones. Nuestra alegría fué secreta como entre dos amantes, y secreta debe permanecer entre nosotros. Luisa, cuando te cases aprobarás mi discreción. Sin embargo, has de saber que nada faltó de lo que exige el amor mas delicado: las gracias misteriosas que le piden nuestras imaginaciones, el extravío que lo escusa todo, el consentimiento arrancado, las voluptuosidades ideales largo tiempo entrevistas, y que nos subyugan el alma ántes de que nos dejemos arrastrar á la realidad, en fin, pasamos por todas las seducciones de formas encantadoras que embargan el alma y los sentidos.

Te confieso, sin embargo, que á pesar de todo estipulé de nuevo mi libre alvedrío, y no quiero decirte aquí todas las razones que tuve para ello. Sin embargo, serás la única persona en quien deposite la mitad de mi secreto. Aun perteneciendo á un marido adorado ó no, creo que perderíamos mucho si no ocultásemos nuestros sentimientos y nuestra opinion sobre el matrimonio. La única alegría que haya tenido, alegría celestial sin duda, proviene de la certidumbre de haber devuelto la vida á ese pobre ser infortunado: Luis ha recobrado su juventud, su fuerza, su contento, ya no es el mismo hombre, y he logrado borrar en él hasta el recuerdo de sus desgracias. Luis se encuentra totalmente cambiado, y seguro de agradarme da rienda suelta á su espíritu, y cada dia me revela cualidades nuevas. ¡Ser el principio constante de la felicidad de un hombre cuando este hombre lo sabe y mezcla la gratitud con el amor, ¡ay! querida mía, está certidumbre desarrolla en el alma una fuerza muy superior á la de la pasión mas entera. Esta fuerza impetuosa y perdurable, una y variada, es origen, en fin, de la familia, esa hermosa obra de las mujeres que hoy concibo en toda la extensión de su belleza fecunda.

(Se continuará.)

### Correspondencia de la Crimea.

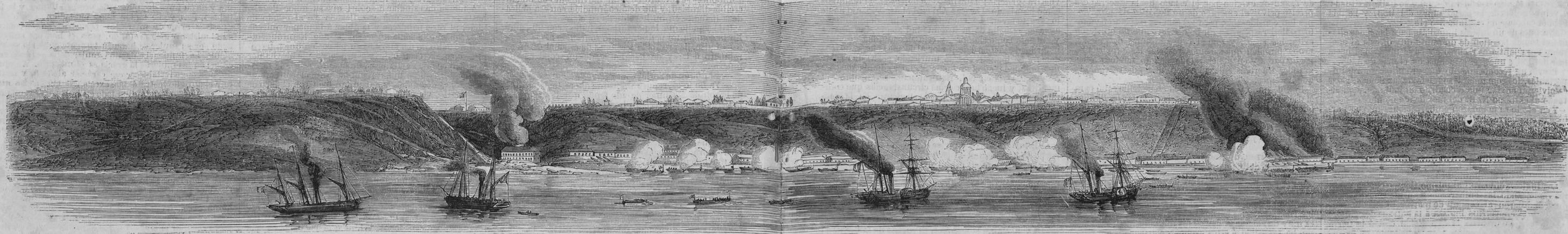
EXPEDICION DEL MAR DE AZOFF.

Solo tengo tiempo hoy para enviar á ustedes un resumen de las operaciones que han tenido lugar en el mar de Azoff desde la toma de Ienikaleh y la entrada de nuestras escuadras ligeras en ese lago ántes ruso, pero donde el enemigo no posee ya un solo buque de guerra donde pueda flotar su pabellón.

Desde la entrada de nuestras tropas en Ienikaleh todas las cañoneras inglesas y los vaporillos franceses, *Mégère*, *Brandon*, *Fulton*, *Dauphin* y *Muctte* se lanzaron al mar de Azoff en busca de los buques rusos de transporte y sobre todo de los tres ó cuatro vaporillos que se decía estaban retrados por el lado de Berdiansk ó de Taganrog.

Efectivamente, las flotillas llegadas á Arabat principiaron á cañonear el fuerte para reconocer su armamento y su fuerza, y luego, despues de un bombardeo de algunas horas se dirigieron sobre Berdiansk cuyo puerto contenía mas de ciento cincuenta buques cargados de víveres; todos fueron quemados ó destruidos sin el menor obstáculo.

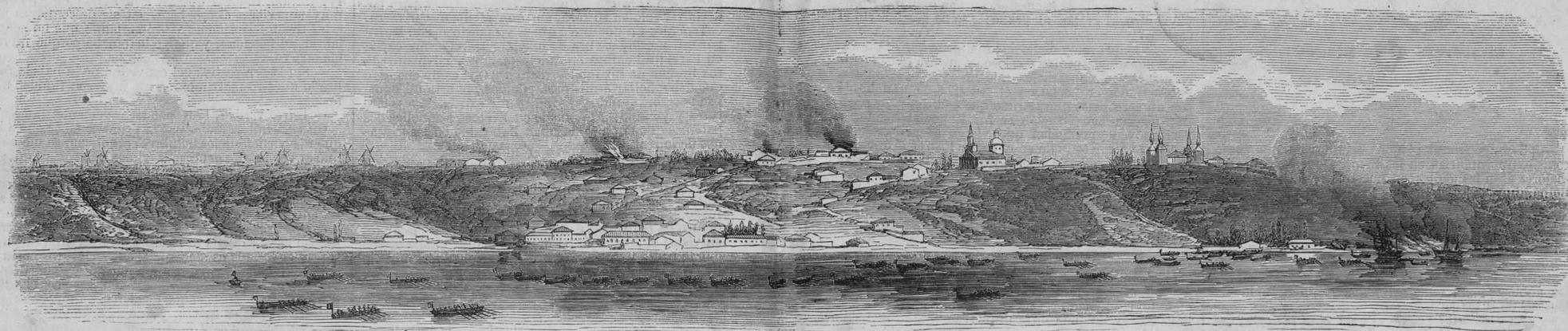
Durante este tiempo, una parte de la division inglesa



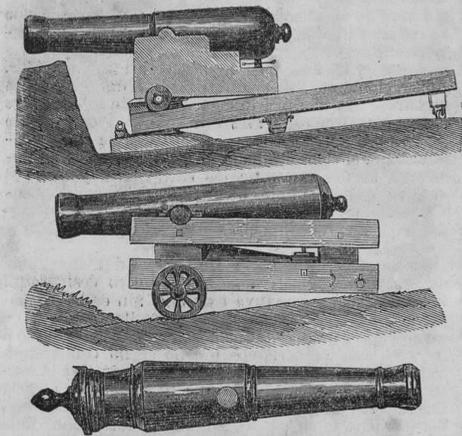
Incendio y bombardeo de Taganrog.

marchaba sobre Genitchi; la poblacion no quiso rendirse á la órden que se la intimó, pues tenia para defenderse un regimiento, y al punto se rompió el fuego por nuestra parte. Apenas desembarcados nuestros marinos derrotaron á los rusos que contenian su arrojo, y unos ciento veinte buques con una parte de la ciudad fueron presa de las llamas. Los rusos perdieron alli almacenes que contenian mas de cinco millones de raciones y una cantidad enorme de provisiones de distintos géneros.

Mientras esto pasaba, los vapores rusos acometidos por todas partes se arrojaban sobre la costa y se que-



Toma é incendio de los almacenes y otras propiedades del Estado ruso en Marianpoul.



Cañones tomados á los rusos en el mar de Azoff.

maban, uno en Berdiánsk, dos en Ienikaleh y el último hácia Marianpoul.

En este momento pues, el pabellon ruso ha desaparecido del mar Negro sin haber disparado un solo cañonazo en honor de su marina. *De Profundis!*

Las fortificaciones de Ienikaleh tocan á su fin; los trabajos ejecutados por nuestras tropas y por los ingleses tienen algo de gigantesco; uno se pregunta asombrado como en tan poco tiempo, con tan poca gente y con un calor tan sofocante, se han podido juntar semejantes montones de tierra y se han creado tan grandes recursos.

Ienikaleh presenta actualmente el frente bastionado de primera clase, con magníficos caminos cubiertos y



Iglesia en Ienikaleh.

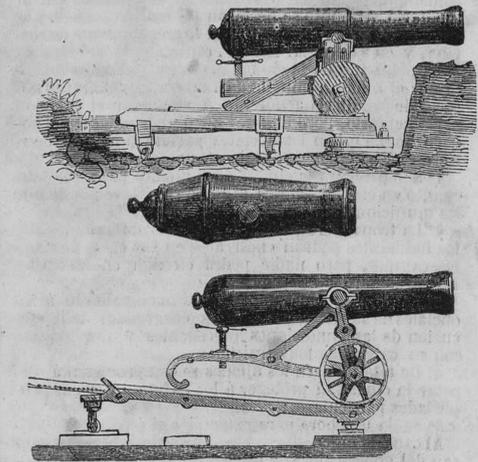


Calle en Ienikaleh

obras avanzadas de primera fuerza. Los rusos han pagado el armamento y el material de proyectiles. Por otra parte los ingenieros han hecho algunas obras importantísimas para la conduccion y distribucion de las aguas.

No puedo enviar á ustedes hoy dibujos pintorescos, ni de trajes ó de antigüedades; siempre será tiempo de ellos si todas estas cosas conservan aun su interés; pero los hechos de la guerra me parecen mas importantes que la simple satisfaccion de la curiosidad y los doy la preferencia.

El estado sanitario es bastante bueno aunque tenga-



Cañones tomados á los Rusos en el mar de Azoff.

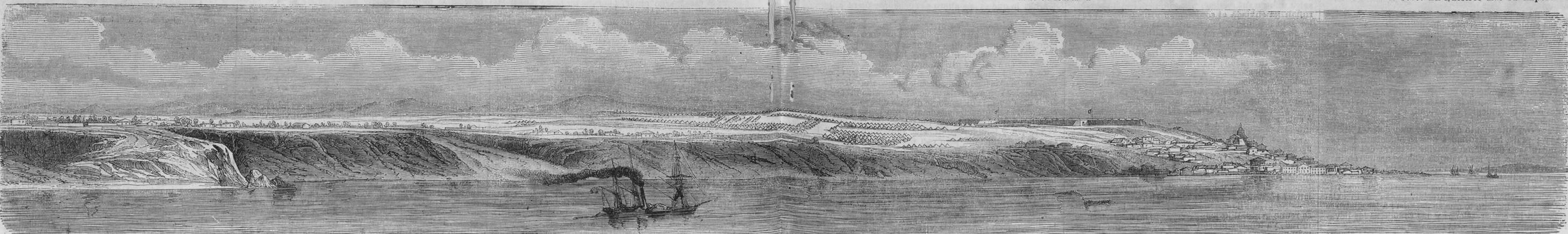
mos algunos casos de cólera en Ienikaleh; pero la epidemia nada puede contra el vigor moral de nuestros soldados.

Por el próximo correo enviaré á ustedes el bombardeo de Taganrog; no puedo hacerlo ahora porque marcha el correo.

Estrecho de Kertch 9 de junio de 1855.

Cumpliendo con mi promesa envío la historia de nuestra expedicion de Taganrog cuyo éxito fué tan satisfactorio.

Taganrog, fundada por Pedro el Grande en 1706, fué destruida en 1711 en virtud del tratado de Pruth y reconstruida en 1769. En nuestros dias su importancia



Vista tomada del Sur de Ienikaleh y del campamento de las tropas aliadas.

comercial se hizo considerable, pues se hallaba situada á veinte millas de la embocadura del Don, y recibía todo el cabotaje de ese inmenso río.

Era pues de un interés inmediato para las flotas aliadas el tomar posesión de un punto que ofrecía al enemigo tan cuantiosos recursos, y cuya integridad hacia inútiles todos nuestros esfuerzos en el mar de Azoff.

Previo un reconocimiento que produjo capturas importantes, los comandantes en jefe de las flotas aliadas resolvieron enviar una escuadrilla al golfo de Azoff situado al extremo N. E. del mar de ese nombre.

Y en efecto se mandaron embarcaciones mayores armadas en guerra. El 4 de junio por la mañana la escuadrilla francesa compuesta de seis vapores bajo el mando superior de M. Beval de Sedages, el más antiguo de los capitanes de fragata, salió de Venikaleh remolcando las chalupas y lanchas de la flota francesa bajo las órdenes de M. Lejeune, jefe subalterno de estado mayor del almirante Bruat.

Los ingleses enviaron al mismo tiempo cuatro vapores remolcando las embarcaciones armadas en guerra que condujeron al capitán de marina Lyons que cruzaba con la escuadrilla inglesa á la entrada del golfo.

El 2 por la mañana la expedición costó la tierra y dió en breve en el golfo. A cada instante se descubrían aldeas rodeadas de molinos de viento sobre una tierra llana y sin árboles. A la una la expedición pasó por delante de Marianpoul y alcanzó al fin á la flotilla inglesa con la que se reunió á las ocho de la noche á diez millas de Taganrog.

El 3 al amanecer los vapores franceses é ingleses que ménos agua calaban, dejaron el fondeadero y avanzaron en dos columnas sobre Taganrog. El agua disminuía considerablemente, y muchos buques tuvieron que quedarse rezagados. Sin embargo cinco buques continuaron su camino y fondearon al alcance del cañón ante la parte Oeste de la ciudad. Por nuestra parte, *la Mouette* y *el Dauphin*, y por la de los ingleses la hermosa cañonera *Recruit*, *la Mina* y *el Danube*.

A las ocho *el Dauphin* y *el Recruit*, donde iban los comandantes en jefe enarbolaron el pabellón parlamentario. Al punto se destacaron las embarcaciones y se dirigen á tierra; en una iba M. Jaures, teniente de marina, y en la otra M. Horton, comandante del *Ardent*.

La población de la ciudad se esparció inmediatamente por el inmenso muelle de Taganrog, y algunos cosacos de caballería acudieron á reconocer el pabellón parlamentario. Poco después llegó un ayudante del gobernador, á quien los oficiales parlamentarios propusieron las condiciones siguientes:

1º Se entregará la ciudad á los aliados para que todo cuanto en ella pertenezca al gobierno, principalmente las municiones ó artefactos de guerra, sea destruido;

2º La tropa se retirará á dos leguas de la ciudad y los habitantes podrán encerrarse en sus casas ó salir á los campos, pero nadie podrá circular en las calles mientras dure la ocupación;

3º Algunos oficiales superiores acompañarán á los oficiales de las naciones aliadas encargados de la ejecución de las condiciones precedentes y responderán con su cabeza de toda traición;

4º De esta manera los aliados se comprometen á respetar la ciudad, á proteger á los habitantes y sus propiedades particulares;

5º Se da una hora para responder sí ó no.

Al cabo de cincuenta y cinco minutos volvió el edecán del gobernador con esta respuesta:

« Hay tropas en la ciudad y no pueden retirarse sin combatir. »

Los oficiales parlamentarios llevaron esta contestación á sus jefes.

Las embarcaciones de guerra que estaban ya prevenidas para este caso, principiaron á desfilar á tiro de pistola á lo largo del muelle, y viniendo después toda la línea sobre la izquierda, se presentó de frente ante la ciudad. Rompióse el fuego, y en algunos instantes la prolongada hilera de los almacenes del depósito se halló cubierta de bombas y cohetes á la congreve.

En breve se distinguieron columnas de humo que partiendo de los puntos sobre los cuales se había dirigido el fuego, probaron á nuestros artilleros que habían hecho bien su puntería. En un instante la Aduana estaba ardiendo y el Arsenal se hallaba reducido á cenizas.

Por fin se presentaron dos batallones rusos sobre las peñas cubiertas de hermosas habitaciones y se esparcieron en guerrillas refugiándose en las casas y los huertos. Se habían querido respetar las casas particulares, pero no debíamos tener más escrúpulos que el enemigo, y nuestro fuego se dirigía á donde quiera se presentaba un grupo de soldados que pronto apelaba á la fuga.

Fueron respetados sin embargo, unos quince edificios grandes en los que flotaba la bandera negra, hospitales ó establecimientos de caridad, así como todos los templos.

Para concluir cuanto ántes con una defensa inútil que retardaba los resultados que se buscaban, los comandantes se decidieron á enviar á tierra dos pelotones protegidos por las chalupas que se acercaron mas aun con sus piezas cargadas con metralla. Aquello fué obra de un instante.

Todos los almacenes públicos estaban destruidos; trigo, vino, aceite, equipos, material, nada de esto existía. Se había logrado lo que se deseaba; á las cuatro se retiraron las embarcaciones y las cañoneras las llevaron al fondeadero de por la mañana.

No se podrá culparnos de inhumanos en este ataque

de Taganrog exigido por el estado de la guerra; era preciso privar al enemigo de un depósito de provisiones tan considerable, pero los aliados respetaron cuanto podían respetar en un bombardeo que no quisieron evitar los rusos, y que si causó algunas desgracias, probó también que sabemos respetar las propiedades particulares y en general todo cuanto no toca á los grandes intereses enlazados con una guerra como la que hacemos.

El 4 de junio por la mañana la escuadrilla salió para Marianpoul adonde llegó á las seis de la tarde. El 5 los oficiales parlamentarios repitieron lo que habían hecho en Taganrog; los habitantes enarbolaron el pabellón blanco, y nos dijeron que las autoridades se habían fugado y que las tropas habían evacuado el pueblo.

Se quemaron únicamente los edificios y almacenes precedentes del gobierno, y á las doce del día las embarcaciones se retiraron.

Tales son los resultados de la expedición del golfo; inútil sería señalar á ustedes las ventajas inmensas que hemos alcanzado por el daño que hemos hecho á los rusos, pues los hechos hablan por sí mismos. Pero es muy de elogiar el desinterés humanitario que siempre ha presidido á estos hechos de armas de los ejércitos aliados.

## El secreto de la Bianetti,

POR HAUFF.

### I.

— ¡Es muy singular! Convengamos en que pasan cosas extraordinarias en los tiempos que corren. Algo mejores eran las gentes en nuestra juventud, dijo M. Bolné, juez del tribunal de Comercio, á uno de sus amigos.

— ¿Aludís á la conducta de la Rusia? exclamó el amigo; ¿sabeis algo de nuevo? ¿vuestro antiguo amigo el ministro de Negocios Extranjeros os ha noticiado algunos pormenores?

— Dejad á un lado la política y las noticias, allá se las gobiernen en Constantinopla. No, no, aludo á la historia de la Bianetti.

— ¿La cantatriz? ¿cómo es eso? ¿qué historia? ¿se ajusta de nuevo? Me habían dicho que el empresario no había podido entenderse con ella.

— ¡Santo Dios! exclamó el viejo juez alzando los brazos al cielo para tomarle por testigo de su sorpresa, ¿de dónde salís para hacer tales preguntas? ¿Ignorais lo que ha pasado esta noche? ¿Ignorais lo que ha sucedido á la Bianetti?

— No sé una palabra, os lo juro; pero veamos, decidme de qué se trata.

— Pues lo ignora en efecto; ¡Dios mio! la cuestión es de poca monta: se trata de que la Bianetti ha sido asesinada, ni más ni ménos.

El juez Bolné tenía entre sus amigos y conocidos la reputación de un hombre que siempre está de broma. Cuando se paseaba entre cuatro y cinco de la tarde por la calle Mayor de la capital del ducado de Gerolstein, se divertía en parar á las personas y no las soltaba hasta después que las había contado alguna historia, alguna aventura extraordinaria. Su interlocutor no se sorprendió pues con la horrible noticia y se limitó á responder:

— Mi querido Bolné, vuestras chanzas van de capa caída; ¿con qué eso es todo lo que teneis que decirme hoy?

— ¡Y no me cree! repuso el juez; ¡ah! este sí que es lance.

— Por mas que abrais los ojos seguiré en mis trece, y si vais á contarme aun alguna de vuestras invenciones, procurad que por lo ménos sean mas verosímiles, pues de otro modo cuando salga en adelante del ministerio daré un rodeo.

— Tenemos aquí otro sér incrédulo, un santo Tomás resucitado, exclamó Bolné, y luego no quieren que salga uno de sus casillas. Si os hubiera contado que el sultan ha enviado el cordon á su visir ó que el czar ha sido asesinado, me habrais dado las gracias, y luego en posesión de mi noticia la habrais esparcido por todas partes. ¿Y todo porqué? Porque cosas como esas no son raras; ni siquiera podría reclamar el mérito de la invención; pero habiendo dicho que en Gerolstein han asesinado á puñaladas á una cantatriz, no lo creerais sino viendo pasar el entierro. Pues habéis de saber que es la pura verdad, tan verdad como que yo soy un hombre honrado.

— ¿Sería posible? exclamó el incrédulo principiando á entrar en cuidado; ¿muerta, decís? ¿La Bianetti muerta, asesinada?

— Hace una hora respiraba aun, pero estaba en la agonía.

— Mas decidme, ¿cómo han podido dar de puñaladas á esa pobre muchacha? Una cantatriz que no hacia el menor daño á nadie... ¿Estamos en Italia? ¿Para qué tenemos la policía y los jueces? ¿Cómo ha pasado el lance? ¡Asesinada! ¡pobre criatura!...

— No griteis de ese modo en medio de la calle que se reune gente, dijo Bolné calmando á su interlocutor; mirad, ya teneis á las solteronas de la familia Peperman que asoman la cara á la ventana, alarmadas por

vuestra gritería; lamentaos *sotto voce*. ¿Preguntais cómo ha pasado el lance? Ahí está el negocio, eso nadie lo sabe todavía. La encantadora prima donna estaba ayer en el baile de la Redoute tan alegre, tan amable y graciosa como siempre, y esta noche á las dos de la madrugada vienen á despertar al doctor Lelong, diciéndole: « La Bianetti se está muriendo, acaba de recibir una puñalada en el pecho. » Sí, no se habla de otra cosa en toda la ciudad. Naturalmente se cuentan mil mentiras, y luego hay ciertas circunstancias que complican la cuestión, nadie puede penetrar en la casa excepto el médico y los criados. La corte lo sabe ya, y el gran duque dió orden de que la guardia entrante hiciera un rodeo por el mercado para no turbar el reposo de la enferma.

— Estoy atónito; ¿y no se conocen otros pormenores? ¿no hay alguna sospecha?

— Es muy difícil descubrir la verdad entre tantas falsedades como circulan. Ya sabeis que la Bianetti es una muchacha buena y honrada, nadie puede decir de ella la menor cosa, pero ya sabeis también que las gentes, sobre todo las mujeres, cuando hablan de una actriz, la mas pura no vale nada, se encogen de hombros, y si no hallan ninguna cosa que criticar en lo presente apelan á lo pasado. ¡El pasado de la Bianetti! Apenas tiene diez y ocho años y hace año y medio que está aquí; ¿qué pueden decir de su pasado?

— Pero os salís de la cuestión, amigo mio, interrumpió el otro, al grano, al grano; ¿se ha descubierto el asesino?

— Es lo que estoy diciendo: se supone que es un antiguo amante despedido ó celoso, y preciso es convenir en que hay circunstancias que no la son favorables. Parece que ayer noche en el baile la Bianetti habló con un personaje enmascarado que nadie conocía; después de esta conversación se fué inmediatamente, y varios jóvenes pretenden que vieron al personaje en cuestión entrar con ella en el coche. Esto es lo que hay de mas positivo hasta ahora, pero no tardaré en estar mejor informado.

— Sí, sí, sabemos que disponeis de muchos recursos para estar al corriente de todo lo que pasa, algún diablillo chismoso que sin duda está ahora al servicio de la Bianetti; no sin razón os llaman en Gerolstein la crónica andando.

— Mucho honor, mucho honor es ese, dijo sonriendo el juez consular, con cierto orgullo interior estimulado por aquella lisonja; pero en esta ocasión no tengo mas diablillo familiar que el médico Lelong. Sin duda habréis observado que contra mi costumbre, no he pasado por la calle Mayor, sino que he seguido por entre la calle de Viena y la de San Rodolfo.

— En efecto lo he notado; pero pensé que lo haciais para pavonearos delante de los balcones de madama Baruch, la mujer del consejero de Estado.

— Vaya al diablo el profeta con su esposa; hace tres días que no pongo los piés en casa de los Baruch; mi mujer me ha obligado á ello, en consideración á que se juega demasiado; no, no, el doctor Lelong pasa entre cuatro y cinco por estos sitios cuando se encamina á visitar á la princesa María en palacio. Le estoy espionando, y en cuanto vuelva la esquina de la calle me agarro á él, y en tanto que no lo sepa todo no le suelto.

— En ese caso me quedo en vuestra compañía, respondió el amigo; anhelo conocer á fonde la historia de la Bianetti: ¿no os enfada la confianza?

— Muy al contrario, amigo mio, repuso Bolné; sin embargo, creo que coméis á las cinco, y si dejarais enfriar la sopa, vuestra mujer se enfadaría conmigo. Además, para decirlo todo, acaso Lelong no querría hablar en vuestra presencia, por manera que sería mejor que vinierais esta noche al café y allí os diría todo lo acontecido. Pero despachaos, aquí está el doctor, despachaos.

### II.

— No creo que la herida sea mortal, dijo el médico Lelong después del cambio recíproco de saludos. La mano que dió el golpe no estaba firme. La paciente ha recobrado ya el uso cabal de sus sentidos, y excepto la debilidad ocasionada por una pérdida de sangre considerable, lo que es por ahora se encuentra fuera de peligro.

— Muchísimo me alegro, repuso el juez tomando el brazo al doctor; voy á acompañaros un poco hasta palacio. Pero contadme pues algunos pormenores sobre ese lance del que dicen tantas y tantas cosas que no sabe uno en verdad á qué atenerse.

— Todo lo que puedo deciros, repuso Lelong, es que hasta aquí el crimen se halla cubierto con un velo impenetrable. Yo me acababa de dormir, cuando mi criado Juan me despierta diciéndome que un enfermo me necesita. Me visto precipitadamente, me lanzo fuera de mi cuarto, y en la antesala me encuentro con una jóven pálida y temblorosa que me suplica que tome mi caja de instrumentos, pero con voz tan baja que apenas podía oírse. Esto me sorprendió: Juan dispuso el coche y marchamos, la muchacha al lado del cocher para mostrarle el camino. Así llegamos hasta el baluarte, y allí me apeo delante de una casita entre patio y jardín, y pregunto á la jóven el nombre del enfermo.

— Comprendo que os quedarais atónito cuando... — Cuando supe que se trataba de la Bianetti. Yo no la conocía sino por haberla visto en el teatro y á veces en los conciertos, pero la manera misteriosa con que

me llamaba, aquella recomendación de tomar mi caja, todo esto excitaba en alto grado mi curiosidad, y me hallaba deseando descubrir lo que podía haberle sucedido. Después de atravesar el patio y luego un largo vestíbulo, subimos una escalera un poco pendiente, pero no muy alta; la muchacha me precedía y andábamos á tientas en la sombra: cuando llegamos al descansillo me dejó un momento, y luego volvió con una luz en la mano, mas pálida y temblorosa que antes.

— Entrad, señor doctor, dijo con una voz ahogada por los sollozos; ¡ay! llegamos demasiado tarde; mi pobre ama se muere.

Entré y un horrible espectáculo se presentó á mis ojos.

El doctor se calló sombrío y pensativo; un recuerdo penoso parecía embargarle el uso de la palabra.

— Pero ¿qué visteis, doctor? exclamó el juez dominado por su ansiedad impaciente; me dejais cortado en lo mejor, cuando llegais á lo mas palpitante de la historia.

— Muchos acontecimientos he presenciado en el curso de mi vida, prosiguió el doctor que habia logrado dominar su emoción; muchas cosas me han hecho estremecer, otras me han asustado, pero nunca mi corazón se halló mas oprimido que en aquel instante. El cuarto estaba poco alumbrado; una jóven pálida como un cadáver se hallaba tendida sobre un diván, y una vieja sirvienta arrodillada delante de ella apretaba un pañuelo sobre la herida. Me acerqué: la cabeza de la moribunda se caía hácia atrás, sus facciones estaban contraídas, sus ojos cerrados; sus largos cabellos negros destrenzados que arrastraban por el suelo y sus cejas sombrías formaban un duro contraste con el tono mate de la frente, del rostro y la garganta. Sus vestidos blancos, recogidos en torno suyo, estaban tintos en sangre, y charcos de sangre inundaban el suelo en tanto que la herida goteaba de un pecho donde todo movimiento vital parecia haber cesado.

Era la Bianetti, la cantatriz.

— ¡Qué horror! eso estremece y me siento muy conmovido, dijo el juez consular sacando de su bolsillo un gran pañuelo para enjugar una lágrima que temblaba al borde de sus párpados. Así mismo la vimos hace ocho dias en el papel de Desdemona; ¿os acordais? Ya entonces el espantoso efecto que producía era tan natural y verdadero que se creyó en un asesinato real cometido por el moro, y ha sucedido que el juego se ha vuelto realidad; verdaderamente me hallo conmovido.

— ¿Y no os acordais que toda emoción violenta os está prohibida? interrumpió el médico; ¿quereis recaer en vuestros antiguos ataques?

— El cielo me preserve de ello; doctor, tenéis mucha razón, respondió el viejo Bolné metiéndose con presteza el pañuelo en el bolsillo; tenéis mucha razón, mi constitución no me permite esas conversaciones tan conmovedoras. Pero proseguí vuestro relato, de paso conté las vidrieras del ministerio de la Guerra, lo que es un buen preservativo contra las emociones.

— Contadlas, y si el remedio no produce efecto, podéis contar también las del segundo piso del palacio. — La vieja sirvienta se levantó, bajó el pañuelo empapado en sangre, y vi una herida abierta procedente de una puñalada en la región del corazón. No era aquel el instante de hacer preguntas, por crecido que fuese el número de las que me venían á la lengua; medí la profundidad de la herida y apliqué las ligaduras; mientras duró la operación, la enferma no dió ninguna señal de vida y únicamente cuando saqué la sonda tuvo un estremecimiento de dolor. Yo la dejé descansar observando su letargo.

— Pero ¿y las dos criadas, la jóven y la vieja, no las habeis interrogado?

— A vos os lo diré, Bolné, porque sois un antiguo compañero de colegio. Sí, cuando llené mis deberes de médico, declaré francamente á las dos criadas que abandonarían á su señora si al instante no me decían lo que habia pasado.

— ¿Y qué dijeron?

— La cantatriz habia vuelto del baile á eso de las dos de la mañana acompañada de un hombre enmascarado. Probablemente al oír estas palabras lancé una mirada irónica á las dos mujeres, pues de nuevo echaron á llorar suplicándome con mil protestas que no pusiera en duda la honra de su ama, que en los dos años que ellas estaban á su servicio jamás habia entrado por la noche un hombre en su casa. La mas jóven, la doncella, que sin duda habia leído novelas, juraba que su señora era una vírgen de pureza y de inocencia.

— Yo también lo declaro altamente, dijo el juez que seguía conmovido, aunque ya habia principiado á contar las vidrieras del palacio al que se iban acercando, y lo diré delante de todo el mundo, la Bianetti es una jóven honrada y piadosa: ¿acaso tiene ella la culpa de verse obligada á ganar su pan cotidiano saliendo á las tablas?

— Estoy bien persuadido de lo que decís, repuso Le-long, y añadiré que un médico tiene en tales materias un criterio psicológico infalible: una mirada sobre las facciones puras y angelicales de aquella infortunada, me convenció mas de su virtud que todos los juramentos de sus dos criadas. Pero escuchad la continuación del relato: la cantatriz habia entrado pues con un hombre que la siguió hasta la sala, y mandó á la doncella que saliera, pero esta anhelando saber lo que podia significar aquella visita nocturna se quedó fuera escuchando, y oyó un violento altercado entre

su ama y una voz de hombre ronca y destemplada. Pero hablaban en francés; al fin la Bianetti prorumpió en sollozos, el hombre juró horriblemente, y luego el ama lanzó un grito terrible y penetrante. La doncella consultando solo el buen impulso de su corazón, se precipitó en el cuarto, pero en el mismo instante el hombre enmascarado pasó junto á ella, la empujó contra la puerta y corrió al pasillo en busca de la escalera; ella le sigue y entonces oye el ruido de un cuerpo que cae sobre los escalones; gemidos y suspiros como los de una persona que agoniza llegan hasta donde estaba, y trémula, desfallecida, no se atreve á dar un paso. Por último, se reanima, vuelve al aposento y encuentra á su ama bañada en su sangre y privada del uso de sus sentidos. La pobre doncella no sabe lo que hacer, mas sin embargo, llama á la cocinera y quiere correr á mi casa para que yo salve á su ama, si es que hay tiempo todavía.

— ¿Y la Bianetti no ha dicho nada, no la habeis hecho ninguna pregunta?

— Al salir de su casa fui á ver al comisario en jefe de la policía, quien inmediatamente mandó visitar todas las fondas y posadas. Las puertas de la ciudad estaban cerradas, no se habian abierto para nadie, y ahora todo el que sale por ellas tiene que sufrir un severo examen. Los dueños de la casa que habita la Bianetti y que viven en el segundo piso no tuvieron conocimiento del crimen, sino cuando fueron advertidos de él por la visita de la policía; pero lo mas inconcebible es la fuga del asesino; debió herirse gravemente en su caída, pues así lo indica el largo rastro de sangre que se ha encontrado abajo de la escalera, y se supone que al caer se habrá herido con el arma que habia empleado para el crimen.

— ¿Pero la Bianetti volvió en sí?

— Esta mañana á las once; el juez de la causa ha recibido ya su declaración, en la que ha manifestado que ignora quien podia ser el hombre enmascarado, y aun añade que ni siquiera tiene sospechas sobre ese punto. Todos los médicos y cirujanos han recibido ya la orden de advertir á la justicia si es que les llaman para curar á un hombre herido con puñal ó con cuchillo, y de esta manera se prometen descubrir al asesino. Tal es el estado de las cosas; por mi parte me hallo convencido, como de mi propia existencia, que en toda esta historia hay un secreto, secreto que no quiere descubrir la Bianetti. Ya conocéis que la cantatriz no es mujer que se deja acompañar á las dos de la mañana por un desconocido, y así lo cree sin duda su doncella que asistía al interrogatorio, aunque sin embargo, cuando vió que la Bianetti no queria decir nada no habló de la disputa que habia oído y me echó una mirada suplicante para que no la denunciara. « Es un horrible acontecimiento, me dijo cuando me acompañó hasta la escalera, pero ni por todo el oro del mundo querria yo descubrir lo que mi ama desea tener oculto. » Y luego me reveló otra circunstancia que quizá podria esclarecer algun tanto los hechos.

— ¿Y no podeis darme á conocer esa circunstancia? preguntó el juez. Ya estais viendo cuan grande es mi impaciencia, por Dios, habládme sin rodeos, pues de lo contrario voy á recaer en mis accidentes.

— El caso requiere mucha reflexión, Bolné, consultad vuestros recuerdos: ¿hay otro en la ciudad que lleve vuestro nombre? ¿hay en el mundo otro Bolné? ¿qué respondeis á esto?

— En la ciudad solo yo me llamo así; cuando hace diez años me establecí en esta tierra me hallaba contentísimo por no tener un apellido vulgar, que se encuentra repetido á cada paso, lo que da lugar á los engaños mas desagradables. En Viena era el último descendiente de mi familia, de modo que en toda la superficie del globo no hay otro Bolné mas que mi hijo, el desgraciado maniático, pero de este no se ha vuelto á hablar desde que abandonó furtivamente la casa paterna y se embarcó para América: mas ¿qué relación puede existir entre mi nombre y...?

— Ninguna, ninguna, mi querido juez; no puede tratarse aquí de vos ni de vuestro hijo, que si vive se hallará en los Estados-Unidos. Pero disimuladme, son las cinco menos cuarto y la princesa María se halla enferma; harto tiempo hemos charlado ya, con que hasta la vista.

— Pero ¡qué diantre! un momento mas, exclamó Bolné, deteniendo al doctor por el brazo, comunicadme lo que os dijo la doncella al acompañaros.

— Pues ya que os empeñais voy á deciroslo, querido mío; la última palabra que pronunció la herida antes de caer desmayada fué — BOLNÉ.

(Se continuará.)

### Exposición Universal de Bellas-Artes.

GEROME: *El siglo de Augusto*. Hé aquí uno de los lienzos capitales de la Exposición. M. Gerome se ha inspirado para la composición de este hermoso cuadro en un hermoso pasaje de la historia universal de Bossuet, del que tomamos las siguientes líneas. « Los restos de la república perecieron con Bruto y Casio... todo cede á la fortuna de César; Alejandria le abre sus puertas; el Egipto se vuelve una provincia romana; Cleo-

patra se mata después de Antonio; Roma tiende los brazos á César que con el nombre de Augusto y con el título de emperador se queda por único soberano del imperio... Victorioso por tierra y por mar cierra el templo de Jano. Todo el universo vive en paz bajo su poderío y J. C. viene al mundo. » Este último rasgo, tan sencillo en su expresión y que sin ninguna de esas antitesias de aparato tan frecuentes entre los escritores, pone en presencia de la enumeración del poderío romano el nacimiento de un niño, pero que al mismo tiempo opone la aurora del mundo nuevo al mundo antiguo que conciuve, sedujo por su elocuencia la jóven imaginación del artista que ha tratado de manifestar con su pincel el cuadro que el gran orador habia trazado con su pluma. En esta elevada empresa su audacia no ha carecido de habilidad, pero debia necesariamente fracasar contra lo imposible del asunto.

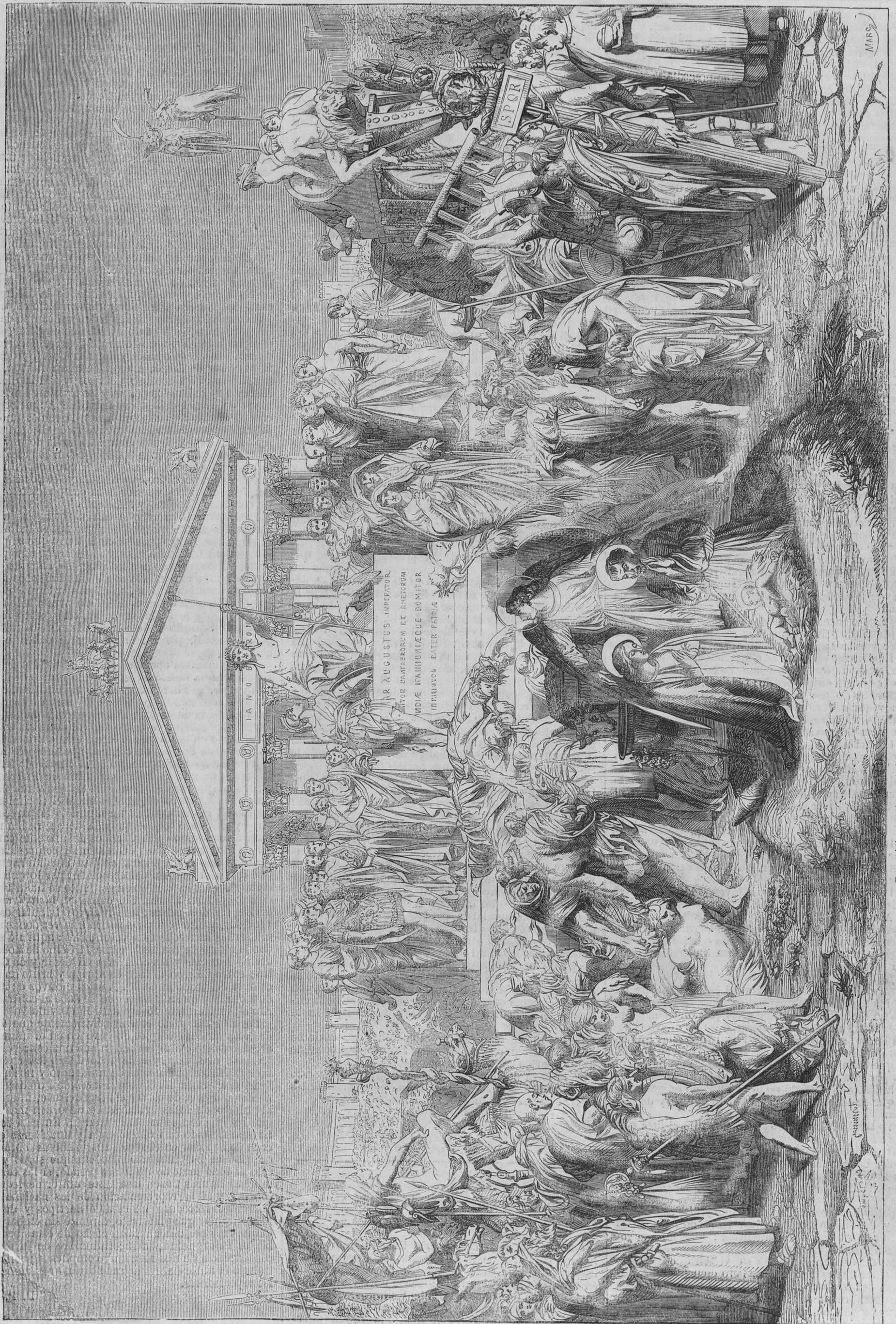
Hé aquí la disposición adoptada por M. Gerome en su cuadro, cuya reproducción acompaña á este artículo. Delante del templo de Jano se ostenta Augusto en una especie de apoteosis; cerca de él se ve una elegante figura, imagen simbólica del Géniio de Roma: esta jóven, personificación de Roma seria mas propia de la época de los Gracos y de Escipiones que de la del imperio, cuando Roma era presa de algunos ambiciosos, un despojo recogido por un soldado sobre un campo de batalla y transmitido sin título al sobrino de César, á cuya derecha está en pie un futuro heredero, Tiberio, uno de esos soberanos odiosos y amenazadores, prometidos al porvenir de Roma. A ese lado están Agripa, Mecenas, Ciceron, los hombres políticos, y á la izquierda de Augusto se hallan los poetas y los artistas. En los primeros escalones debajo del trono de Augusto yace el cuerpo de César, y un poco mas allá caídos uno cerca de otro se encuentran los cadáveres de Cleopatra y de Antonio. Casio y Bruto envueltos en la toga y con el puñal con que hirieron á César, bajan los escalones y se alejan llevándose consigo el antiguo espíritu republicano y aristocrático que constituyó el poderío romano. Toda esa parte superior de la composición forma ya un conjunto completo y suficiente.

En la parte inferior, que es muy complicada y que abraza un crecido número de personas, se hallan figurados los diferentes pueblos de la tierra que se presentan con sus tributos á adorar al César, y una porción de soldados arrastrando á los vencidos, en tanto que en lontananza se extiende la muchedumbre sobre las gradas del circo. Por último, en el primer término de esta escena inmensa un grupo aislado arrodillado delante de un niño que acaba de nacer, está como protegido contra el tumulto de esa muchedumbre corriendo al pie del trono, por un ángel que le cubre con sus alas.

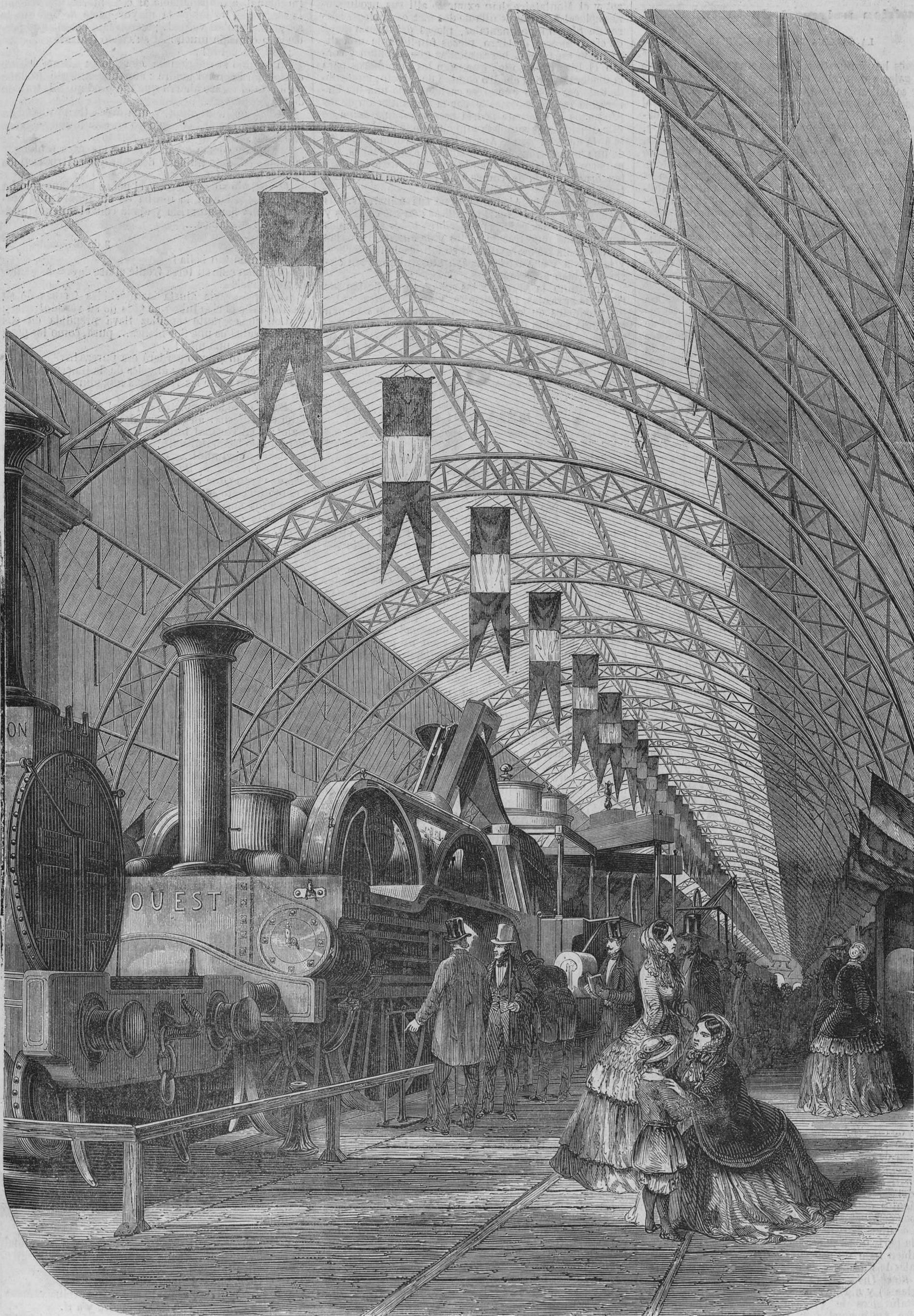
De esta manera opone el artista al cuadro del poderío romano la venida de Jesus, y al ejemplo de Bossuet, su modelo, se guarda de recargar el contraste, contentándose con comunicar á sus figuras una serenidad mística digna de los primeros maestros italianos, y con hacer resplandecer en torno del niño una luz sobrenatural. Pero en tanto que el lector encuentra en la sencilla frase de Bossuet un contraste poderoso de idea, el espectador no distingue aquí en el cuadro de M. Gerome mas que una singular confusión de imágenes encontradas que rompen la unidad del conjunto. El equilibrio que existe en el primero entre el nacimiento de un Dios y la grandeza de un mundo, desaparece en el otro, y la figura mal bosquejada de un recién nacido luminoso tendido en la tierra es insuficiente para servir de contra-peso á los demás de su composición tan densa y tan llena. Fuera de esta añadidura mística que turba el espíritu del espectador por lo que hemos dicho, la composición en su conjunto se halla bien ordenada y bien ligada. Sin embargo, *literariamente* se divide en dos partes, una real, los tributarios y los vencidos, y otra real y fantástica á la vez donde se acumulan los anacronismos voluntarios; aquí no se sabe donde tomar la realidad, entre el Géniio de Roma y el divino Augusto y los cadáveres de César y de Cleopatra; entre Ciceron al lado de Agripa y Bruto en los escalones del trono imperial. A estos motivos de incertidumbre hay que añadir el que se debe al contraste del Ángel, de María, de José y del Niño Divino.

Por nuestra parte creemos firmemente que á pesar de los grandes ejemplos que existen en el mundo, los artistas deben evitar los peligros de una concepción demasiado abstracta, y ante todo deben tener presente las cualidades pintorescas de un asunto y no su significación literaria. M. Gerome ha cedido á un deseo muy noble cual es el de elevar el nivel del arte, interesando al público en ideas artísticas de un orden mas severo que las que comunmente le recrean. En esta empresa ha manifestado una abundancia y una fuerza que no eran de suponer en él según sus primeras obras. Si el colorido es bastante armónico, aunque sordo y parecido al tono mate de un fresco pasado, si las carnes de muchas figuras tienen una tinta uniforme leonada ó cobriza, y si la representación de las nacionalidades diferentes introduce un estudio de tipos y de trajes mas singular que pintoresco, dirémos sin embargo que lo que mas perjudica al buen efecto de esta obra notable es la vaguedad, la incertidumbre de la imagen, consecuencia de una idea muy complicada; con menos trabajo el autor habria logrado cautivar la atención de los espectadores.

D. P.



Exposición universal de Bellas-Artes. — El siglo de Augusto, cuadro por M. Gerome.



Exposicion universal de la ndustria. — Vista interior de la galería de las máquinas.

## Exposicion universal de la Industria.

## LA GALERIA DE LAS MÁQUINAS.

Damos hoy á nuestros lectores una vista de la parte de la galeria dependiente del palacio de la Industria donde se hallan las máquinas en movimiento. Hermoso espectáculo presenta esa brillante galeria donde el genio del siglo XIX se halla mas personificado por decirlo así, que en las demás partes del gran edificio, consagradas al arte puro y á los objetos de elegancia, de lujo y de gracia. No queremos decir sin embargo que falten las riquezas y los esplendores en esa Babilonia industrial, donde el cobre deslumbra mas que el oro, donde el hierro y el acero despide reflejos sublimes, donde el carbon en inmensos montones humedecidos aun con el sudor de los mineros revela mas cosas á nuestra inteligencia que el carbono condensado en diamantes millonarios que se descubren á poca distancia; aqui hay mas lugar á la meditacion que al entusiasmo, y el observador se siente poseido de un orgullo legítimo ante esos testimonios del poder humano en la época moderna.

Esta galeria dependiente del palacio y establecida á su espalda, es un rectángulo de cerca de cuatro hectáreas de superficie (1,190 metros de largo sobre 29 de ancho) cubierto de zinc y de cristal, admirablemente aereado y alumbrado con una sencillez bien entendida y dividido en tres partes muy distintas. La primera, que es la que hoy nos ocupa, tiene unos 450 metros de largo y se halla consagrada, como hemos dicho á las máquinas en movimiento; esta seccion no se halla provista como las otras dos de galerias sobrepuestas á los lados, porque así lo exigia el aparato que da la vida á las máquinas expuestas, y tambien la altura considerable de muchas de estas. Las otras dos secciones consagradas á las primeras materias, á los productos químicos, á las máquinas fijas y á los productos de grueso volumen ocupan una longitud de 750 metros triplicada en realidad por la agregacion de dos galerias superiores.

Cuatro locomotoras guardan la entrada de la galeria de las máquinas como las esfinges colosales de los antiguos templos egipcios, ó los monstruos gigantes de las ruinas de Ninive, y de las pagodas de la India. Nada mas característico que esas centinelas avanzadas de la industria moderna, pero nada tampoco mas hermoso como construccion y como progreso. Una de ellas construida por Gonin, segun el sistema de Larpent y Blavier, con ruedas de dos metros noventa y seis centímetros de diámetro y dos órdenes de calderas, debe andar cincuenta leguas por hora; el que escribe estas líneas la ha visto funcionar sobre el ferro-carril del Oeste donde anduvo *veintidos leguas en treinta y tres minutos* arrastrando treinta y dos wagones cargados de mercancías. Sus tres compañeras han sido construidas cada una en virtud de un sistema particular, y llevan los nombres de Koechlin, Schneider y Polomeau.

Entremos en el templo ó mejor dicho en el bosque, sin asustarnos con el ruido y el movimiento y veremos locomotoras de todos los países y de distinta fuerza, barcos de vapor, calderas, hélices, máquinas hidráulicas, torres inmensas, bombas de apagar incendios, garruchas gigantes, martillos de vapor, prensas de mil clases y para todas las industrias, telares de tejer y de hacer costura, devanaderas, aparatos unas veces enormes y en su estado natural, otros microscópicos y encantadores en su forma de modelos reducidos, para escardar la lana ó el algodón, limpiar el grano, levantar el agua, extraer el carbon, fabricar el chocolate y torcer el hilo; — luego industrias enteras y armadas con todas sus piezas y representadas por máquinas tan grandes como casas, y son fabricas de refinó de azúcar, de destilacion, de perforaciones artesianas, etc., etc., todo esto brillante, dorado, alegre, reflejando en mil espejos las banderas de la cúpula, los innumerables accidentes de la nave y las ondulaciones de la muchedumbre.

El movimiento y el vapor se comunican á todos los aparatos indistintamente, al revés de lo que se hizo en Londres donde solo los expositores ingleses disfrutaron del beneficio del fuego y del agua. La Francia ha querido que todo el mundo viva y se mueva, nacionales y extranjeros, máquinas grandes y pequeñas. El sistema del ex-comisario general M. Morin ha permitido realizar uno de los mas bellos problemas dinámicos con que se honrará la historia de la mecánica moderna, sin inconveniente para la circulacion pública ni para la perspectiva y las disposiciones interiores y exteriores de la galeria. Un árbol de 448 metros de largo y de 8 cent. de grueso elevado en el aire por una galeria de caballetes que soportan 59 pilares de hierro colado puestos de ocho en ocho metros, transmite una velocidad de unas cien vueltas por minuto á las diferentes máquinas que con él corresponden. Las calderas se hallan colocadas sobre el camino de la orilla derecha del Sena; hay siete productores de vapor y diez receptáculos donde la máquina central toma y distribuye por conductos dispuestos debajo de la galeria una fuerza de unos 320 caballos.

En la parte de su segunda seccion la galeria se revela tambien bajo un aspecto grandioso; las carboneras minerales de Francia y de Bélgica, las ulleras de Inglaterra (*Black Indias*, las Indias negras como las llaman los ingleses) y algunos de los grandes establecimientos metalúrgicos de Francia, como Fourchambault, Marquise, Audiucourt, Commentey, Chatillon, el Cren

zot y el Montataire, han expuesto allí sus producciones colosales, trozos de ulla de dos metros cúbicos, barras de hierro monumentales, placas del mismo metal de cinco metros de largo, piezas fundidas de una dimension espantosa, herramientas que cepillan y cortan el hierro, como las que usan los carpinteros para la madera. Aquí el cuadro cambia de aspecto; en medio de todo ese hierro y todo ese carbon, bajo una luz enrarecida por las galerias y por la acumulacion de los productos el visitante podria creerse en una mina de ulla, ilusion mas completa aun cuando se vuelve la vista á la derecha donde Anzin ha construido el modelo de una mina en explotacion con sus excavaciones, sus mineros trabajando y todo lo concerniente á esa obra tenebrosa que da de comer á su poblacion de seis mil trabajadores.

Allí tambien la Alemania tiene sus minerales, sus mármoles y sus piedras litográficas; en sus costados y á lo largo de las galerias superiores todos los pueblos exponen sus muestras de pieles y de cueros; la Inglaterra ostenta las maravillas de su fabricacion de coches, y la Prusia y el Austria sus aparatos químicos tan curiosos y bien arreglados.

Por último, la Argelia y las colonias manifiestan sus riquezas agrícolas, industriales y aun artísticas entre los productos de las diferentes naciones que adornan la última seccion de la galeria y sobre los cuales entraremos en otro número en mas pormenores.

P. M.

## MELANCOLÍA.

¿Sabeis que voy á hablar de *melancolia*?... ¿Cosa extraña cuando siempre está la risa en mis labios!...

Ocuparme en escribir sobre una palabra sinónima de tristeza, equivale á decir:

— Pasad por alto, lectores... no detengais vuestra importante mirada sobre mis desaliñados renglones, porque no hallaréis lo que buscáis... Pasad la vista, que solo encontraréis... *tristeza*... ese sentimiento del alma que idealiza el dolor.

En vano será que clame contra ellos para que me lean... ¿Cómo lo he de conseguir, si antes de proporcionarles una distraccion que alivie su fastidio, voy á causarles con mis palabras una sensacion de hastío que aumente sus padecimientos!... No importa, sin embargo, lectores: cachaza, y continuad; que si á veces hay alegría en mi rostro y en mi pluma dolor, otras hay en mi semblante *melancolia*, pero placeres en mis escritos...

¿Conocéis á Ernesto? Es indudable que le habréis visto mas de una vez; que le habréis recordado sin disgusto aun sin quererlo vosotros mismos. No está abonado á los paseos; mas no por esto los huye: no es un modelo parisien acabado de salir del taller de sastre; pero en el mismo desaliño de su traje hay cierta elegancia natural que predispone mucho en su favor: no es un tipo de belleza, si bien no es un fenómeno de fealdad; pero la dulce expresion de sus ojos negros y la palidez de sus mejillas denotan la existencia de un alma sensible y enérgica. Es uno de esos seres que instintivamente excitan nuestras simpatías, y que parece desafiar á que se les olvide.

Pues bien, Ernesto tiene veintitres años: algunas precoces arrugas empiezan á delinearse en su semblante, y cualquiera que lo viese por vez primera, diria sin detenerse un momento:

— Ese hombre está gastado por los placeres. Juicio erróneo, como todos los que no se meditan con la debida detencion.

En tres meses se ha marchitado la lozana flor de su juventud. Su carácter reservado y sombrío siempre nos ha tenido con cuidado á todos sus amigos, especialmente desde que quedó huérfano, en cuya época empezó á retirarse del trato social, hasta el punto de no tener hace algun tiempo otro amigo que yo.

Multitud de veces quise leer algun misterio en sus frases sentenciosas y entrecortadas; pero jamás brotó de mis labios una palabra que pudiese ser calificada de indiscreta curiosidad.

Poco á poco han ido agravándose sus dolencias morales, calificadas con el triste nombre de *melancolia*, y hoy pesa sobre su frente una sentencia de muerte.

Su vida está contada, porque padece una aneurisma en el corazon.

Siempre sospeché que habia en su alma un secreto que corroia lentamente sus entrañas, y que le ha producido su incurable enfermedad; y ya en su lecho de muerte no ha vacilado en confiarme algunas páginas escritas en su álbum de memorias.

Me ha hecho participe de su secreto, cuando sabe que en breve dejará de existir: es verdad, viviendo él, no debia salir de su corazon.

En estas páginas se hallan delineados algunos tristes acontecimientos de su vida... mejor dicho, sus escasas hojas escritas por su mano en el último periodo de su existencia, son un poema de dolor grabado con caracteres de muerte.

15 de noviembre.

Hoy he cumplido veintitres años, y ayer fué conducido á la última morada el cadáver de mi madre.

Ayer la sociedad cumplió con ella su última farsa

mundanal, acompañándola al cementerio, tal vez con la sonrisa en los labios la mayor parte de los que la seguian. Pero en verdad, ¿fueron tan pocos, que perderia la comedia mucho de su efecto teatral!

¡Soy tan pobre!

En cambio la religion ha ejercido su última mision consoladora con mi madre: afortunadamente bastaba para ello el escaso ahorro que me produjo mi trabajo de algunos meses.

¡He orado por su alma, y una dulce tranquilidad ha inundado mi espíritu! ¡Solo yo en este mundo elevaré preces al Señor por su eterno reposo!...

Parecia que debia arrancarle la vida para prolongar la mia... ¡Cuánto hubiera deseado que se trocasen los papeles!...

He visitado su sepulcro, y el pobre huérfano solo ha podido depositar en la tumba de su madre una oracion, y una flor amarilla y ajada con el aliento quemante de sus labios...

3 de diciembre.

¡Es Emilia tan bella!

¡Qué bien ciñe su tersa frente el aro de oro de su diadema condal!...

¡Con qué gracia ajusta las mórbidas formas de su flexible talle el rico jubon de seda de su vestido!...

¡Con qué elegante sencillez lleva prendida en sus blondos cabellos una flor blanca... pura, como los pensamientos de una niña!...

¡Ah! ¡Cuán pronto perderá esa pureza!...

¡En breve no irán los ángeles de la inocencia á velar su sueño entre las recogidas colgaduras de su lecho de virgen!...

¡Esta noche los espíritus del mal fijarán en su ventana con infernal alegría sus desgarradas tocas virginales; y en bacanal inmunda girarán en torno de su voluptuoso lecho nupcial!...

¡Pobre ángel mio!...

¡Cómo recuerdo, Emilia, aquellas melancólicas tardes de verano que pasamos en tu quinta de Sevilla!...

¡Cómo una ilusion del placer, cruzan por mi inteligencia los suspiros que se escapaban de tus labios, cuando te contaba las romancescas tradiciones de mi país!... ¡Cómo una memoria de la felicidad perdida encuentro grabado en mi mente tu dulce acento, cuando al oír mis historias me llamabas sonriendo tu paje de los ojos negros, en tanto que la brisa del Guadalquivir humedecia tu enortijada cabellera rubia!...

¡Eras tan niña entonces!...

Apénas contarias trece años.

Yo vivo de esos recuerdos, mientras que tú los olvidas completamente... Nada me importa... de cualquiera modo estas páginas nunca han de llegar á tus manos, y así no podrás burlarte de la debilidad de mi corazon...

Hace siete años que desaparecieron para siempre estos recuerdos de la primera juventud, y no tengo miedo de revelar á las blancas hojas de mi cartera lo que me hubiera hecho enrojecer de vergüenza si te lo hubiese confiado.

Llevo cerca de ocho años de amarte, Emilia...

Salimos de la perla de Andalucía, de Sevilla, con diferencia de algunas horas; pero ¡cuán distintos eran los objetos de nuestro viaje!...

Tú caminabas en una cómoda silla de posta, acompañada de tu padre que te brindaba con todos los placeres apetecibles... Eras rica, muy rica, y ansiosa de gozar los encañtos del gran mundo, te dirigias á la corte, ávida tu alma de nuevas emociones. La modesta existencia del honrado comerciante ya te cansaba por su monotonía, y necesitabas espacio donde tender el atrevido vuelo de tu inteligencia.

Yo, por el contrario, viajaba en una modesta galera de lento paso, y acompañaba á mi madre enferma que iba á tomar baños, desde donde debiamos trasladarnos á Madrid. Eramos pobres, y necesitábamos viajar con economía... ¡Oh!... ¡Bien sabe Dios que solo sentia ser pobre por mi madre!...

Algunos años trascurrieron sin que volvieras á verme. Yo sí devoraba tus ojos con los míos, ya desde un modesto asiento de galeria en el teatro, ya á través de infinidad de personas en el paseo: pero jamás llegó mi indiscrecion á presentarme delante de tí.

¿Qué temia?

¿Fué acaso que manchara los ricos adornos de tu traje mi modesta levita negra?

¿Fué quizá que desdeñaras mi presencia con un altivo gesto de insufrible orgullo?

No lo sé...

Pero yo evitaba su presencia... No podia vivir sin verla, y tal vez si sus miradas se hubieran cruzado con las mias, hubiera acudido gozoso á la consoladora idea del suicidio...

¡Yo aceptar el suicidio, cuando lehe combatido tantas veces!...

No sé porqué habré notado hace unos dias cierta poca fijeza en mis ideas, que me hace pensar mas de una vez en la locura.

Esto es horrible...

Y sin embargo, ¿quién sabe si será la tranquilidad de la existencia?... ¿Quién sabe si la demencia será el sueño de los sabios y de los poetas?

Te olvidé por un momento, Emilia.

No recordé que estas páginas estaban exclusivamente dedicadas á la memoria de mi madre y á tí.

Hasta hace un momento habia conservado la espe-

ranza de que no realizarias tu enlace, porque yo te amaba...

¡Insensato!... ¿Que yo te adore es acaso motivo suficiente para que posea tu cariño?...

No... Mas de una vez ha cruzado esta noche por mi mente una idea desgarradora.

Fui egoísta... Encontré otro sér que me disputaba mi felicidad, que se levantaba de repente entre tú y yo; y me halagó el pensamiento de hacerle desaparecer de nuestro camino.

¡Qué loco he sido!... ¿Porqué he de culparle?... ¿Porqué he de aborrecerle?...

El ha nacido rico, y el esplendor es á sus ojos lo que á los míos la memoria de mis amores... una necesidad. Tiene carruajes, palacios, humildes servidores que se disputan codiciosos una insultante sonrisa de su señor... y yo ¡triste de mí!... estoy solo, completamente solo, y por todo mueblaje tiene mi habitación un modesto lecho, dos sillas de dudoso origen, y un piano donde mi madre ensayaba en su niñez las suaves melodías que mas adelante habian de despertar en mi alma la afición á la música.

¡Cuántas veces he devorado con avidez, en mis noches de delirio, aquellas notas con que mi madre me adormió en la cuna!...

¡Qué hermoso es!... Es mi rival, yo le aborrezco... Pero no... no debo aborrecerle porque ella le ama...

He ido á levantarme al concluir estas líneas, para buscar algunas gotas de agua que templen la ardiente sed de mis labios, y al hallarme frente del destañado espejo de mi habitación, no he podido ménos de apartarme de él desesperado.

En mi juicio se ha formado instantáneamente un triste aunque exacto paralelo.

Mi rival cuenta algunos años mas que yo; pero su tez lozana y sonrosada, sus rasgados ojos garzos, su espaciosa frente adornada de negros cabellos artísticamente rizados, y su elevada y musculosa estatura, forman un horrible contraste con la figura que hace algunos instantes se retrató en el manchado cristal del espejo.

He visto mi semblante descarnado, pálido y rugoso, guardar avaro mis ojos brillantes por la fiebre, en sus profundos huecos; y mis cabellos en desórden tocar mis hombros encorvados bajo el peso de una vejez prematura.

¡Horrible comparacion! ¡Yo loco, soñé que pude ser preferido á mi favorecido rival!

¡Qué bien sienta en la frente de los desposados la diadema condal!

¡Si Emilia me viese en este instante, junto al lado de su esposo; si comparase las coronadas sienas de él con las mías hundidas y sin adornos... ¡oh! seguro estoy que semejante contraste habia de hacer asomar á sus labios una insultante carcajada!...

Y sin embargo, hay en mi sér otra vida, que no alcanza á comprender siquiera su limitada inteligencia.

¡Ignora que si mi sombría frente no ciñe un labrado cerco de oro incrustado de pedrerías, puede Dios haberla dado una sublime inspiracion, con solo un soplo de su esencia divina!...

Ya debe ser muy tarde... Necesitan algun reposo mis miembros entumecidos por el frio; y si no puedo levantarme mañana, no habrá una flor que sirva de adorno á la sepultura de mi madre...

ADAR OIBAF.

### La Dalia.

—«La Dalia es hermosa,» cantaban las aves,

Volando ligeras en torno á la flor :

La flor ocultaba sus hojas suaves,

Temblando inocente de casto pudor.

«¿Qué tiene la esquiva, las aves decían,

Que gurada su cáliz del sol celestial?

Y mas afanosas sus alas batian,

Y mas se ocultaba la flor virginal.

Las aves dijeron : « — ¿Te causa congojas

El vuelo oficioso del aura sutil? »

La flor por respuesta cerró mas sus hojas,

Doblando impaciente su tallo gentil.

Huyeron las aves, y tímida y pura

Abrió muy despacio sus hojas la flor :

Fecunda brillaba su casta hermosura.

¡Oh brillo fecundo del casto pudor!

José SELGAS Y CARRASCO.

### Revista de la Moda.

SUMARIO. — La moda cosmopolita. — Dónde se explica porqué la mayor parte de las mujeres se visten sin gusto. — La moda de los baños y la de los campos. — Trajes de negligé y trajes elegantes. — Prendidos de etiqueta para una parisiense aldeana. — El sombrero de campo. — Se vuelve á las flores silvestres, á las flores naturales y á las guirnalda. — Descripción del figurin de este número, que representa prendidos de baile para los baños, ó para baile en un jardín.

Paris se halla invadido por unas modas de las provincias y del extranjero que se resisten á toda descripción. A esto se me dirá : Pues los periódicos son los que las envían y las dan, á lo que yo respondo que tanto peor por los provincianos y los extranjeros que se suscriben á revistas de modas que falsean su buen gusto y su elegancia. Me hallo bien convencida de que si la mayor parte de nuestras lindas suscriptoras que consultan nuestros figurines y que oyen nuestras advertencias sobre las modas del día viniesen á Paris no parecerian otra cosa sino unas parisienses verdaderas y encantadoras. Antes que analizar la moda, yo me propongo siempre hacer comprender bien que todas las mujeres no pueden llevar el mismo traje, por la razon de que no todas las hermosuras son iguales, y que por consiguiente lo que á una le va bien, le sienta muy mal á la otra.

Por desgracia las mujeres quieren siempre ir iguales. Una amiga lleva un sombrero azul celeste, un vestido blanco con volantes, vaporoso y diáfano, y al punto encarga el mismo sombrero y el mismo vestido blanco, sin pensar en si su talle es bastante esbelto, bastante fino para ese vestido, y si su rostro es bastante blanco, bastante fresco y suave para que ese color azul no forme una sombra en el cuadro. Se ponen feas queriendo hacerse bonitas, y todo por imitacion. Para vestirse con gusto y con tacto es preciso conocerse y verse en el espejo propio y no en el de la vecina ; en eso se demuestra el gusto.

Mis lectoras me perdonarán la digresion que me ha sido inspirada por el mismo interés que las profeso. Desde la apertura de la Exposicion he visto tantos sombreros feos, tantos vestidos estrambóticos, tantos chales y manteletas de mal gusto, que no he podido ménos de preguntarme de donde han salido cosas tan grotescas. Pero ahora que ya están advertidas mis lectoras sobre los peligros que envuelven ciertas modas; voy á entrar en el capítulo de las novedades.

Para hablar de la moda como es debido, hay que seguirla en todas sus correrías caprichosas, sea en los baños, en las provincias ó en Paris. El traje para los baños minerales y los de mar es tan elegante sino mas que los que se llevan para pasearse por los Campos-Elíseos y el bosque de Boulogne. Una náyade elegante no se presenta jamás en la playa de negligé; ¡qué horror! la náyade parisiense que va á visitar al mar para curarse de una enfermedad imaginaria (la enfermedad mas á la moda y de mejor tono), se lleva consigo una carga de frivolidades y de modas deliciosas. Estas son las recetas del médico, y nada cura mejor á la mujer que las maravillas del capricho y del buen gusto.

La marcha para el campo es tambien un asunto muy grave para las mujeres de la alta sociedad en lo concerniente á las exigencias de la moda. El vulgo acude al campo para disfrutar de las maravillas de la naturaleza, para pasearse en los bosques y oír el canto de los pájaros, pero ellas van á sus villas y á sus palacios para vestirse de pastoras á la Watteau.

Las modas para el campo deben clasificarse de una manera muy distinta : los trajes sencillos y de aldea, y los trajes lujosos y esencialmente parisienses. Por trajes sencillos entiendo yo esos preciosos vestidos de jaconás, de piqué ó de telas ligeras, de apariencia muy sencilla y graciosa al mismo tiempo, tanto mas cuanto que el vestido de jaconás que hoy se usa es muy distinto del que se usaba en otro tiempo.

Ya pasó aquella época en que el jaconás y el barege caian en una sola falda muy modesta á lo largo del cuerpo. Hoy el jaconás y el barege se muestran muy huecos, en forma « de campana » y exigen enaguas almidonadas y á veces de crinolina, para adquirir la resistencia que les falta.

Los vestidos de jaconás se hacen con tres ó cuatro volantes y con doble falda. La segunda falda está prendida á diez ó doce centímetros de las caderas y va marcada con un rizado de jaconás á canelones.

Los corpiños no han variado; continúan llevándose con faldetas ó fruncidos. El blanco es el color privilegiado para traje de campo. Cuando una señora lleva un traje de medio vestir de muselina de la India con cuatro volantes bordados, sobre los cuales serpentea una cinta azul ó de color de rosa en un rizado de muselina, no puede aplicarle tambien al paseo ó á las excursiones campestres, sino que es preciso que la hermosa señora que se viste así permanezca como una divinidad en un cenador chinesco ó en un saloncito de verdura, y que no se aventure ni aun en las calles de arena de su parque.

Cuando se quiere llevar un traje blanco propio de las campiñas, se elige el piqué inglés ó bien la tela cruzada de pequeñas florecillas. La falda se hace sin ningun adorno. El corpiño se lleva abotonado, con botones de coral, de nácar, de cristal ó de bisutería, y con faldetas guarnecidas de una guipure de hilo ó de una banda de bordado inglés. Aunque el bordado inglés se ha hecho muy vulgar y no se

lleva ya los honores de la moda, es siempre muy bonito para guarnicion de peinador y de camisas de noche.

Los vestidos de etiqueta para el campo se hacen de tafetan, de gasa de Chambéry, de muselina, de tafetan de Niza y de barege ilustrado. La gasa de Chambéry es una gasa excepcional, una gasa triple, si me es permitido decirlo así.

— Hé aquí algunos modelos de trajes campestres :  
— Un vestido de gasa de Chambéry de un color de perla claro con tres volantes adornados con una guirnalda de hojas de raso azul estampadas y abarquilladas; este adorno de hojas es sumamente nuevo; las grandes modistas le emplean mucho en los tejidos de gasa.

— Otro de tafetan azul de Sevres con volantes adornados con hojas de encaje negro y muchos lazos de cintas azules.

— Otro de muselina blanca bordada, con los contornos de cada volante guarnecidos con una pequeña puntilla negra, y sobre cada guirnalda de bordado siete hileras de terciopelos negros.

— Otro de tafetan de Niza color de malva, con volantes guarnecidos de un fleco con cascabelillos.

— Otro de gasa blanca toda sembrada de perlas de cristal para baile de jardín.

— Otro de barege azul celeste con cuatro volantes de grecas altas, de galon de oro estampadas en la tela. — El corpiño de este vestido es subido, con faldetas, y va cerrado con botones de venturina.

— Otro de tafetan de Niza de cuadros y de rayas violeta de dos tonos, con una falda dispuesta á pliegues huecos y con corpiño alto abotonado, sin faldetas y adornado de una berta formando solapas y bajando en punta hasta la cintura. Las mangas son de una anchura ordinaria, muy cortas y con un gran volante sostenido por un lazo.

— Otro de barege de mil rayas atravesadas azules y blancas : la falda lleva tres altos volantes ilustrados con gruesas puntas de terciopelo azul. Los contornos de cada volante van guarnecidos con un fleco azul y blanco. El corpiño, de faldetas, lleva tirantes de cinta azul con puntas flotantes por delante y por detrás. Las mangas tienen tres afollados y un gran volante fruncido con pliegues huecos.

— Otro de gasa de Chambéry con banda de color de lila y bandas maiz adornadas con hojas y guirnalda. Corpiño Mignon, esto es, de forma alemana, escotado redondo, y con tirantes de cinta color de lila con puntilla negra. Las faldetas, los volantes de las mangas y el escoté del corpiño van tambien adornados con encaje negro ó guipure.

Con todos estos vestidos solo se admite el sombrero de paja, sea de paja de Italia, de paja de arroz ó de paja menuda belga. Se llevan muchas flores de los campos, flores naturales y guirnalda de hojas.

En cuanto á manteletas y demás, se conservan los mismos modelos; nada nuevo tendremos antes del otoño, y hasta entonces se pasará copiando y reproduciendo lo que se ha hecho ya con adornos variados y de capricho. Los chales de encaje, de guipure, con ruche y lazos de cinta de color de rosa hacen furor; son muy ligeros y elegantes.

Mientras llegan las modas del otoño, hé aquí tres bonitos prendidos de baile para las aguas, ó para un jardín alumbrado por la noche al modo veneciano :

Primero : — Vestido de gasa de Chambéry y fondo blanco sembrado de florecillas verdes, con tres altos volantes guarnecidos cada uno con dos hileras de flecos verde y blanco. Corpiño escotado sin faldetas adornado con tirantes de cinta escocesa verde y blanca. Mangas cortas compuestas de un volante de fleco corto. Tocado Maimier formado de dos cocas de cabellos lisos, con lazo y cocas de cinta verde con puntitos de oro; las cocas de cabellos y de cinta van rodeadas con guirnalda de margaritas silvestres; brazaletes de oro ilustrados de diamantes y esmeraldas.

Segundo : — Vestido blanco de gasa con cuatro volantes guarnecidos de cuadritos de cinta color de rosa y blanca. Corpiño escotado con puntas y cuadritos sesgados de cinta color de rosa y de blanca, y tirantes. Brazaletes de medallones y de perlas blancas. Tocado Luis XVI con los cabellos levantados á la moda de María Antonieta, y una trenza gruesa que rodea la oreja. Guirnalda de azuleas color de rosa.

Tercero : — Vestido de tafetan color de lila, adornado á cada lado de las caderas con rizados de encaje blanco y negro; corpiño escotado con berta redonda por detrás y cruzada por delante. Esta berta es de encaje negro y blanco. Tocado Fontanges, compuesto de pequeños bucles sobre las sienas y de tirabuzones largos que caen sobre los hombros. Los rizos están sembrados de florecillas silvestres.

Cuarto : — Vestido de gasa lapislázuli con corpiño escotado y berta redonda compuesta de dos volantes con ondas festoneadas. Tocado nudo-gordiano, ilustrado de perlas blancas y de una gruesa bellota de perlas blancas cayendo sobre el lado.

Vizcondesa DE RENNEVILLE.

### Máquina infernal (Jacobi.)

El público esperaba con impaciencia algunos pormenores sobre esas máquinas infernales llamadas de Jacobi que en este momento son una diversion para los marinos de las escuadras aliadas. El año pasado se decia

que estas máquinas dotadas de un poder maravilloso debían destruir la marina de las dos grandes potencias, sin que á los rusos les costara nada mas que el trabajo de haberlas inventado. Sembradas con profusion en el fondo del mar en espacios bastante considerables de Cronstadt y de Sweaborg, los enemigos esperaban que con ellas se destruirían las flotas de la Inglaterra y de la Francia, ó cuando ménos cerrarían la entrada de sus plazas del Báltico.

Ya es sabido que poco hay que temer de la formidable invencion de Jacobi, que ha dado su nombre á las tales máquinas.

Hace algun tiempo el vapor inglés *el Merlin* que llevaba á bordo á los dos almirantes, fué á practicar un reconocimiento por el lado de Cronstadt cuando una explosion simultánea que se oyó á proa y á popa les hizo temer una desgracia cuyas causas les eran ignoradas. En el fondeadero reconocieron que solo se habian estropeado algunas planchas de cobre; ¡ tanto ruido para nada !

Algunos dias despues otro vapor experimentó las mismas conmociones que rompieron algunas paletas de sus ruedas, y al punto oficiales y marineros se pusieron á buscar las terribles máquinas; en efecto, á los seis dias de pesca habian cogido en sus redes unas sesenta jacobis.

Naturalmente se sufrieron algunas averías, pero de poca monta; poco á poco lograron apoderarse de ellas como de un pez cuya mordedura es peligrosa, y entonces se pudieron estudiar detenidamente.

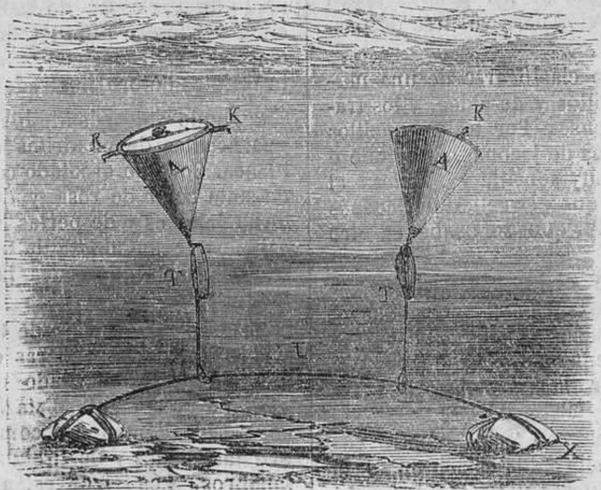
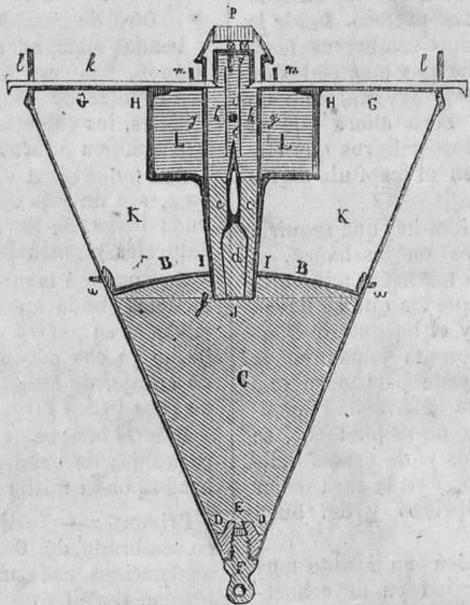
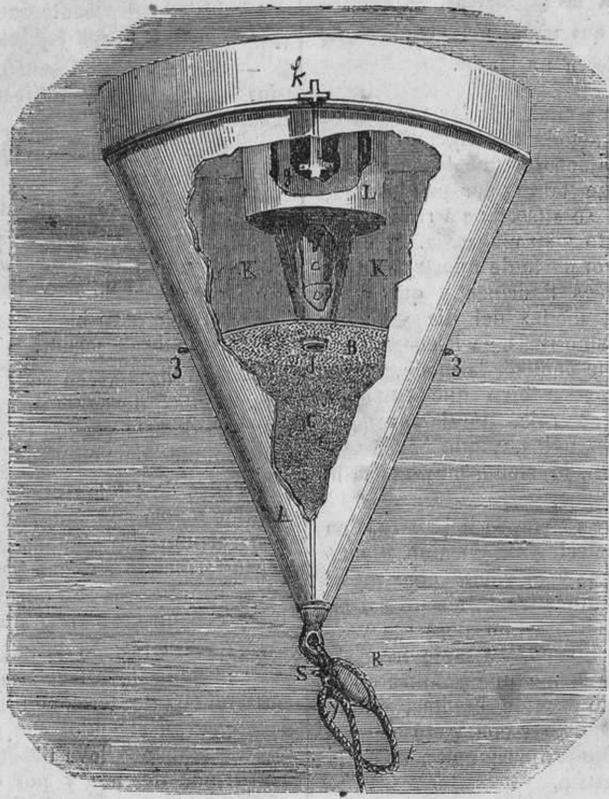
Figúrese el lector una especie de cono muy grueso con 50 ó 60 cent. de alto, sobre 45 cent. de diámetro en su base, formado de una hoja de hierro batido galvanizado, y dividido interiormente en dos compartimientos por una pared paralela á su base. El primer compartimiento situado cerca de lo alto del cono está lleno de pólvora, y el otro está vacío y se halla atravesado siguiendo el eje por un tubo de hojalata en el que se coloca un mecanismo de coheite destinado á producir el fuego y á transmitirle á la carga de pólvora en cuanto el simple encuentro de un cuerpo sólido produce una ligera presion sobre una espiga muy sensible sostenida contra la superficie exterior del cono.

Esta espiga, mantenida sobre la base y que un ligero resorte tiende sin cesar á separar del centro, es rechazada sobre él por todo cuerpo resistente que toca á la máquina, y entonces choca con el extremo de otra espiga establecida segun el eje mismo del cono y sostenida únicamente por su extremo inferior embutida en un cajoncito que sostiene la pared divisoria de los dos compartimientos mencionados.

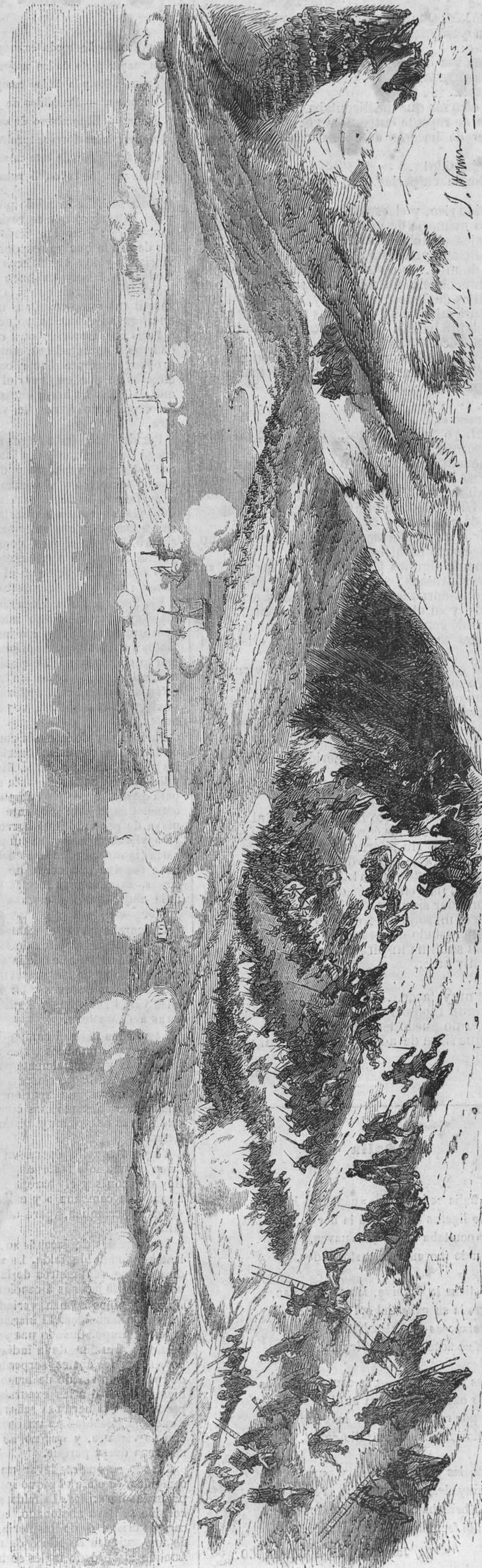
El choque que recibe la espiga tiene por efecto romper un tubo frágil lleno de ácido sulfúrico; el ácido se esparce sobre una capa de algodón impregnada de una materia química que al instante se enciende, y comunica el fuego á una corta cantidad de pólvora que llena

lo demás del cajoncito, cuya explosion haciendo saltar una rodaja de hojalata ligeramente soldada, produce la inflamacion de la carga de pólvora encerrada en el compartimiento inferior del cono.

Tal es el aparato del que se temian tan grandes horrores; preciso es confesar sin embargo, que la invencion es ingeniosa, pero para que estas máquinas pudiesen producir los efectos que los rusos esperaban de ellas, seria preciso un concurso de circunstancias que seguramente no se presentará nunca.



A, cono de zinc, compuesto de tres hojas soldadas; B, pared de zinc, soldada con las del cono; C, compartimiento lleno de pólvora; E, abertura para la introduccion de la pólvora y tapada con un corcho; F, armella de tornillo que cierra el cono y sirve para amarrarle; G, pared de zinc; H, compartimiento soldado con la parte G; I, cono de zinc soldado con la parte inferior de H; J, placa de hojalata que cierra la abertura inferior del cono I y soldada; K, compartimiento lleno de aire; L, compartimiento inferior que encierra el coheite y que contiene agua; — c, cono de plomo con una canaleja y un compartimiento que contiene pólvora; d, compartimiento para pólvora; b, martillo de plomo para romper la vasija; g, cilindro de zinc; h, cilindrito de cobre; k, pasadores de cobre; l, abertura en la pared del cono A; m, pequeños conductos; M, capitel con cuatro agujeros donde hay una armella; q, armella de cobre; P, flotador de madera; w, tres armellas de uso desconocido; Z, rodajas de cuero; R, garrucha; S, chabeta de hierro para sostener el orinque; t, orinque fijado en los motones de la garrucha; y, amarra en el orinque; u, orinque de reunion en los dos conos; x, piedras fijas en los cabos de los orinques.



Accion de Malakoff: las dos columnas de ataque de la division de Mayran al extremo derecho. (Véase el parte del general Pelissier, inserto en nuestro n.º 133.)

Ligeros de la guardia, 2.º batallon, reserva de la division de Mayran.

El general Mayran herido y llevado á brazo.

Soldados de ingenieros con escalas.